



EL HOSPITAL Y SU HISTORIA

Dr. Hernán Sudy Pinto



© 2011, HERNÁN SUDY PINTO.

Editado por el Servicio de Salud Arica,
Subsecretaría de Redes Asistenciales,
Ministerio de Salud, Gobierno de Chile.
Arturo Prat 305, Arica-Chile, con motivo
de la inauguración del nuevo Hospital
Regional de Arica Dr. Juan Noé Crevani en
2011.

Esta publicación cuenta con el patrocinio
de la Unidad de Patrimonio Cultural de la
Salud del Ministerio de Salud.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ninguna parte de este libro, incluido
el diseño de la portada, puede ser
reproducida, transmitida o almacenada,
sea por procedimientos mecánicos,
ópticos, químicos o electrónicos, incluidas
las fotocopias, sin permiso del autor.

Imágenes de portada: Frontis del Hospital
San Juan de Dios de Arica (1902); Vista
aérea del Hospital Dr. Juan Noé (1964);
Frontis del Hospital Regional de Arica Dr.
Juan Noé (2011).

Se terminó de imprimir esta Primera
Edición de 500 ejemplares en los talleres
de Gráfica Marmor en octubre de 2011.
Santiago de Chile.

ÍNDICE

03 -	Prólogo.
04 -	Introducción.
07 -	Historia Universal del Hospital.
10 -	Historia Nacional del Hospital.
19 -	Historia Hospitalaria de Arica.
66 -	Fotografías.
82 -	Bibliografía.

PRÓLOGO.

La Historia, espiritual espejo de la humanidad, tiene como ésta, innumerables e infinitas formas; no se sujeta a ningún método y pasa jugando desdeñosa por encima de toda ley. Tan pronto brilla cual las torrenciales aguas que siguen un fatal curso, como arremolina y arrebatata los acontecimientos al capricho desordenado del viento. Algunas veces va estratificando las épocas con la inmensa paciencia de los largos procesos de cristalización y, de pronto en un solo relámpago, comprime dramáticamente las capas contiguas y se revela como un artista; pues aunque millones de energías muevan nuestro mundo, sólo son esos fugaces instantes que le dan una forma dramática los que se presentan como cuadros de una exposición.

El Hospital, una de las instituciones más expresivas de la caridad y solidaridad humana se va revelando dentro de las circunstancias históricas que le toca vivir y va expresando la titánica tarea de la lucha del hombre contra la enfermedad, el dolor y el morir. El edificio en que mora sería un vano esqueleto arquitectónico sin el soplo divino de los hombres y mujeres que laboran en él, las veinticuatro horas del día y le dan esa recia espiritualidad que crucifica la materia para que florezca el triantafilo, la rosa de treinta pétalos que simboliza el amor al prójimo.

Este libro surgió del recuerdo de más de cincuenta años de vivencia hospitalaria, desde los lejanos días del estudiante de medicina que llegó a velar las armas de Esculapio al antiguo Hospital San Borja y de toda una vida profesional en el Hospital Dr. Juan Noé Crevani de la ciudad de Arica. Hay en él contenidos bibliográficos interesantes y también remembranzas transmitidas de boca a oído por muchas personas y por los egregios compañeros de galénica ruta, que comprometen mi gratitud eterna como los doctores René García Valenzuela, Miguel Massa Sassi, Amador Neghme Rodríguez, Alfonso González Dagnino, Sergio Puente García, Amelia del Villar Montenegro, Jerónimo Yelpi Pulgar, Gavino Reginato Avaria, hoy desaparecidos, y de mis entrañables amigos Rafael Urzúa Ahumada y Mario Gatica Guerra. Debo agradecer también los datos aportados por la E.U. Eugenia González Yanulaque y la Q.F. Berta Sierra y los recuerdos de mis estimados amigos Rudy Flores Pedraza y Fernando Mejido.

“Los recuerdos son los más puros y fieles amigos del corazón, surgen de las profundidades del pasado para poblar la tibias soledades donde el alma se refugia cuando un sentimiento la conmueve y la sacude.”

Dr. Hernán Sudy Pinto.

INTRODUCCIÓN

Un hospital es hoy día una compleja institución con una plantilla médica y de enfermería organizada, y con instalaciones permanentes, que ofrece gran variedad de servicios médicos, incluyendo cirugía, para quienes requieran un tratamiento u observación más intensivos. También incluye instalaciones para atender las urgencias, a los recién nacidos y lactantes, así como diversas consultas ambulatorias y también el llamado “hospital de día”, donde se realizan curas y atenciones sin hospitalización permanente del paciente.

Esta institución asistencial que denominamos Hospital y que reúne las características que hoy le conocemos, data solamente del siglo XIX, aunque ya en el siglo XVIII, el hospital como centro de beneficencia y caridad, donde acudían mendigos, indigentes e inválidos en busca de cobijo, iba dando paso al hospital moderno que fue concebido fundamentalmente para acoger y tratar a los enfermos, lo que, entre otras cosas, exigió una dedicación plena por parte de los médicos, que en muchos casos abandonaron sus consultas particulares para atender a los pacientes ingresados en tales centros.

Aunque ya en la antigüedad existieron diversas instituciones que en ciertos aspectos pueden considerarse precursoras del hospital, este término propiamente dicho, debe usarse con ciertas reservas, como es el caso de los Templos de Asclepios, las Valetudinarias romanas y los Lazaretos.

Los establecimientos verdaderamente precursores de los hospitales medievales e instituciones análogas de épocas posteriores se remontan al Imperio Bizantino. En los finales del siglo IV, san Basilio fundó un xenodokheie (hospedería) en Capadocia que en realidad era un convento con una parte reservada para los enfermos. Poco después Edesa (375), Efeso (451) y otras ciudades siguieron el ejemplo y construyeron su propio xenodokheie. El más importante fue el monasterio de Pantocrátor en Constantinopla, cuyas ruinas pueden visitarse en la actualidad en la ciudad vieja de Estambul, que tenía anexo un hospital en toda regla, atendido por médicos y una farmacia donde se preparaban medicamentos. Fue erigido en tiempos del emperador Juan II Comneno, cuyos restos descansan en la iglesia del monasterio. El modelo bizantino paso a Francia, Italia y las regiones situadas al norte de los Alpes, donde fueron surgiendo instituciones similares que eran una mezcla de albergue para viajeros, asilo para necesitados y hospital para los enfermos que eran atendidos por los propios monjes. En esta primera época, en las bibliotecas de los monasterios había Scriptorius donde no solamente se copiaban y

guardaban textos teológicos sino también los escritos de los antiguos médicos griegos. Gracias a ello los monjes profundizaron sus conocimientos teóricos y adquirieron gran pericia en el tratamiento de las heridas y preparación de medicamentos. Por todas estas razones este período ha sido calificado como el de la medicina monacal. En Saint Gallen se conserva un plano del año 820 en el que puede verse el trazado arquitectónico de las zonas destinadas a enfermería y albergue de pobres y peregrinos, lo que demuestra que la actividad hospitalaria formaba parte integrante de la actividad del monasterio.

En los siglos IX y X, los señores feudales y las ciudades más ricas siguieron el ejemplo de los monasterios y fundaron también diversas instituciones hospitalarias. Las Órdenes de caballería, que surgieron en la época de las Cruzadas, realizaron una labor extraordinariamente meritoria en este sentido, destacando especialmente la de San Juan. Durante este período, el cuidado de los enfermos estaba fundamentalmente en manos de los caballeros franceses, quienes decidieron instalarse en los nuevos territorios. Con este propósito fundaron una congregación a la que dieron el nombre de orden de San Juan en recuerdo del Bautista, fundando los Hermanos del Hospital de Sanjuán de Jerusalén, desempeñando su cometido hasta el año 1187. Junto a estas surgieron otras congregaciones, como la orden de los Templarios, que desempeñó un papel muy importante y la orden Teutónica, que más tarde conquistó y colonizó Prusia bajo el signo de la Cruz.

En la Europa medieval el florecimiento de las órdenes monacales dio lugar también a la creación de hospitales, que junto con los hospicios y escuelas de enseñanza de la medicina, funcionaron como parte integrante de los monasterios. Bajo la dirección de la Iglesia Católica Romana se fundaron hospitales en distintos lugares del continente europeo, como el Hôtel Dieu en París, que se inició bajo la dirección de St. Landry, obispo de París desde el año 650 hasta alrededor del 656. En el período de Las Cruzadas la misión principal de las órdenes religiosas era cuidar de los enfermos y heridos; por lo que estas órdenes construyeron un gran número de hospitales, especialmente en la zona del Mediterráneo. La más famosa fue la orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén.

Durante toda la Edad Media, el Renacimiento, e incluso siglos después, los hospitales fueron dirigidos casi en su totalidad por comunidades religiosas cristianas. No obstante este hecho real, no se debe olvidar también la gran contribución del Islam, que al transformar las Iglesias en Mezquitas, éstas fueron ampliadas con centros de beneficencia como correspondía a la tradición musulmana. En Edesa, que es hoy Urfa,

los religiosos nestorianos dirigían un centro de estudios y de enseñanza de la medicina. Expulsados del Imperio Bizantino, establecieron en Gondisapur este hospital academia, creando 34 instituciones similares que se hallaban distribuidos desde Persia a Marruecos y desde el norte de Siria hasta Egipto. En el año 707, el sexto califa Umayyad, instauró en Damasco, un “bimaristán” (bimar significa enfermo e istán, casa). Más tarde crearon los hospitales móviles que eran transportados por caravanas de dromedarios y acompañaban a las tropas, constituyéndose en el origen de los hospitales de campaña, que también servían en períodos de epidemias para recorrer la región amagada. En el siglo IX había 60 hospitales en Bagdad, que poseían farmacias abiertas al público en las cuales los medicamentos se guardaban en frascos de mayólica que representan maravillas de la cerámica oriental. Tenían asignados 30 denarios para la alimentación de los enfermos, asignándose otra cantidad para los remedios, pociones, ungüentos y colirios. En el momento del alta, el menesteroso recibía una suma de dinero para vivir hasta el momento en que se ganara el sustento. Después de la oración, el príncipe montaba a caballo, todos los viernes, para visitar a los enfermos y noticiarse de su estado. En el hospital de El Cairo, fundado el año 872 y mantenido hasta el siglo XV, hubo salas especiales para los disentéricos, los febricitantes, los heridos, los con oftalmopatías y los convalecientes y secciones separadas para hombres y mujeres, atendidos por enfermeros y enfermeras. Cada establecimiento tenía su presupuesto y estaba establecido los sueldos de médicos, oculistas y empleados. Aun hoy día nos llena de asombro un complejo erigido por el sultán Bayaceto II, en Edirne, la antigua Adrianópolis, en que además del templo religioso incluía un asilo para pobres, un hospital con su propia escuela de medicina, baños, cocina y una panadería. Este hospital admitía también a enfermos mentales y para calmarlos se contrataba a músicos, que actuaban tres veces por semana.

HISTORIA UNIVERSAL DEL HOSPITAL.

Al remontarnos al origen del hospital como institución benéfica, podemos ver que en el Oriente, los gobernantes de La India, Persia y Arabia, mantuvieron establecimientos de terapia desde remotos tiempos, y cuya influencia determinó que el arte de curar se practicara en los templos de Asclepios de Egipto, Grecia y Roma. Sin embargo, el Hospital con las características y el concepto que tenemos hoy es una concepción típicamente medieval, altamente influenciada por el cristianismo y la “charitas cristiana”, caridad que se fue difundiendo por toda Europa a partir de la creación de los Monasterios.

Aunque San Basilio había fundado en el 369, el Gran Hospital de Cesárea para los leprosos, el concepto y desarrollo del establecimiento hospitalario, con salas de enfermería para atención de los pacientes, aparece en La Abadía Benedictina de Cluny en 910, dándose inicio a la organización de numerosas Hermandades y Órdenes religiosas para atender a los dolientes como la de los Caballeros Hospitalarios del Templo de Jerusalén, en el tiempo de Las Cruzadas y la del Espíritu Santo fundada por Guy de Montpellier.

Estos hospitales originales se desarrollaron en las Abadías y monasterios que tapizaban la ruta de los peregrinos hacia La Tierra Santa. De ellos solamente queda el Hotel – Dieu de París, fundado en el año 660 y que aun continúa prestando sus servicios en la capital de Francia, siendo por tanto el más antiguo de los hospitales en funcionamiento.

Las directrices establecidas por las órdenes hospitalarias acerca del tratamiento que debe dárseles a los enfermos hospitalizados eran muy precisas y rigurosas. Al ingreso propiamente dicho precedía un ritual religioso en que la confesión desempeñaba un papel primordial. En las normas se habla siempre de “los señores enfermos”, como un signo de respeto y consideración. El gran maestro estaba obligado a visitar el hospital una vez a la semana y lavar los pies a dos pacientes. Antes de entrar a la sala tenía que dejar la espada, con lo que se despojaba simbólicamente de su rango. Desde los primeros tiempos los caballeros hospitalarios contrataban a médicos para que atendieran a los enfermos y en el siglo XV el trabajo se organizó de manera jerárquica dictándose normas específicas que regulaban la actividad de los facultativos, a quienes a partir de entonces se les exigió que juraran su cargo. Además de otros requisitos, debían visitar a los enfermos dos veces al día e impartir al celador las instrucciones oportunas que eran cuidadosamente anotadas por un escribiente. Estas normas regulaban también el nombramiento de los cirujanos a quienes se les exigía previamente un examen establecido por los médicos. Tanto en el

día como de noche había celadores y enfermeros dispuestos a atender los deseos y las necesidades de los enfermos.

Cada dos años se elegía al Director del hospital entre los Caballeros de la Orden. Por debajo de él estaba el *infirmarius*, (enfermero) del que dependía directamente el cuidado de los pacientes hospitalizados, quienes podían exponerle sus quejas y deseos durante las rondas que hacía por la mañana y por la noche. Otros hermanos se ocupaban de la vajilla, de la ropa, la cocina y la administración. Los sacerdotes vigilaban la salud del alma y los médicos y los cirujanos la salud la del cuerpo, mientras que la preparación de los medicamentos estaba a cargo de los farmacéuticos. De este modo las competencias estaban claramente definidas. Existía un sistema organizado basado en la gravedad y modalidad de las enfermedades y en las necesidades específicas de los enfermos por lo que había salas especiales para moribundos y enfermos mentales y habitaciones reservadas a los pacientes más distinguidos.

Los establecimientos hospitalarios seguían en su construcción un patrón arquitectónico definido a fin de que los enfermos pudieran ver el altar desde su lecho.

En la católica España, los hospitales nacen estrechamente vinculados a La Iglesia y muchos de ellos se ponen bajo la advocación de San Lázaro, por la gran cantidad de enfermedades de la piel que había en aquellos tiempos. Por extensión, al atender en forma de internado a los pacientes infecto-contagiosos estos establecimientos fueron conocidos como Lazaretos.

En la tarea de multiplicar la caridad cristiana a través de la construcción de hospitales participan activamente los nobles y los reyes. Ejemplo de ello es la fundación de el Hospital de San Lázaro en Palencia por Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador y del famoso Hospital del Rey, fundado por Alfonso VIII, siendo el primero en ser atendido por mujeres, las Dueñas de Caridad, bajo la dirección de la Abadesa de las Huelgas. Esta tradición se continúa y para Alfonso X, el Sabio, la fundación de hospitales constituye una obligación para los reyes, dictando una disposición que dice así:

“E deben otro sí mandar facer hospitales en las villas do se acojan los homes e muyieres”.

Isabel de Castilla, La Católica, fiel a esta recomendación del Legislador de las Siete partidas, crea varios hospitales, algunos tan suntuosos como el de Santiago de Compostela, al que dota de cuatro capellanes extranjeros: un francés, un alemán, un flamenco y un inglés.

Los tiempos medievales cambian con la llegada del Renacimiento y frente al proceso secularizador de la cultura y al nacionalismo religioso posterior a La Reforma, España opone la concepción católica de la vida y el ideal de la unidad europea bajo este signo. El pueblo español que durante ocho siglos ha luchado contra el Islam en la Península Ibérica, cree al concluir con éxito la cruzada en casa, que ha de salir fuera de ella a campear por iguales principios, revistiendo la cultura para él un sentido trascendente, en lo que coincide con el viejo espíritu medieval, pero sin cerrarse a las aportaciones valiosas del tiempo nuevo, persistiendo en una conservación de los valores que se estiman permanentes, unida a la actualización vital de los mismos. Toda la política de la España del siglo XV, gira en torno a estos ideales y sus monarcas Carlos V y Felipe II se consagran a ellos con fervor. Ejemplo de ello es el monumental edificio de San Lorenzo del Escorial, que se alza en la desolada y pedregosa llanura de Castilla pareciendo recoger toda la cosmovisión del español de entonces y su verdadero sentido del Estado, como una advertencia continua de la limitación humana y en la contemplación de un más allá que trasciende al hombre. Felipe II dispuso que los 2.000 libros que subsistieron después de la destrucción del poder musulmán formaran el núcleo de la biblioteca de El Escorial, al igual que los 4.000 volúmenes que pertenecían al sultán de Marruecos y que cayeron en manos de los piratas españoles.

Como consecuencia del patronato que La Santa Sede otorgó a los reyes de España sobre La Iglesia en América, La Corona entró a intervenir en las instituciones de caridad y beneficencia que hasta entonces habían sido de exclusiva gestión eclesiástica. Por Cédula Real del mes de Octubre de 1541, Carlos V de Alemania y I de España, ordenó a los Virreyes y Gobernadores del Nuevo Mundo, que en los pueblos de su jurisdicción instituyeran hospitales “donde sean curados los pobres enfermos y se ejercite la caridad cristiana”.

HISTORIA NACIONAL DEL HOSPITAL.

A poco de fundada la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, don Pedro de Valdivia dio cumplimiento a la orden Real y creó el Hospital de Nuestra Señora del Socorro, que quedó sujeto a la tuición del Cabildo. Otro tanto hizo don García Hurtado de Mendoza en La Serena, Concepción, La Imperial, Cañete, Osorno y Castro.

Las viejas crónicas, las cartas íntimas y los documentos más antiguos están contestes en que doña Inés de Suárez fue el primer cirujano y la primera hermana de caridad de la recientemente fundada colonia. Con la misma mano que en el día del asalto a Santiago, cortaba la cabeza de los caciques rehenes, vendaba las heridas de los soldados españoles y preparaba su dieta de enfermos, compuesta de chuchoca y tortillas de rescoldo. Pedro de Valdivia, que era la malicia misma, guardaba por esto a aquella buena dama en su propia casa, y cuando lo acusaron de esconderla como su querida, contestó al juez en la audiencia de 1548:

“E yo la recogí en mi casa para servirme della por ser mujer honrada para que tuviese cargo de mi servicio e limpieza e para mis enfermedades, por ser muy buena médica”.

Se fundaron también hospitales en los pueblos de indios encomendados, como en La Imperial por Pedro Olmos de Aguilera y el que alzó Pedro de Aranda Valdivia en Villarrica.

El 3 de Octubre de 1553, el Cabildo de Santiago, levanta un acta en la cual don Juan Fernández de Alderete, entrega como donación, un solar a los padres Franciscanos para edificar su Iglesia y un Hospital. Este es el motivo por el cual se celebra en dicha fecha “el día del hospital”.

Este hospital de la Virgen del Socorro constaba de 50 camas, lo que era exageradamente numeroso para los 500 habitantes de la ciudad de Santiago. En dicho “hospital de indios” se hacía la curación gratuita y adoctrinamiento de los pacientes en la santa fe católica. Contaba de una sección a cargo de un Practicante, que estaba destinada a los moribundos, por lo que a él se le denominaba “practicante de los agonizantes”. Por otra parte un Practicante Mayor era el encargado de la curación de úlceras y heridas. Había además dos funcionarios menores que se dedicaban a colocar lavativas que a la sazón era un socorrido método terapéutico, y a untar llagas y bubas, con un ungüento amarillo de mercurio que causaba más muertes que sanaciones.

Ante la proverbial pobreza hospitalaria, a iniciativa del Virrey del Perú, Francisco de Toledo, el rey Felipe II, readaptó y perfeccionó una antigua costumbre incaica destinada al auxilio social de las comunidades indígenas, disponiendo una caja de tres llaves, donde se depositarían los ingresos provenientes de la explotación de las tierras colectivas y los sesmos de oro para ser utilizados como fondos económicos para el auxilio de huérfanos, inválidos y viejos, además del mantenimiento de hospitales para los enfermos.

Por otra parte las leyes españolas controlaban el ejercicio de la medicina en todas sus formas, a través de un funcionario denominado Protomédico, encargado de examinar a los médicos, cirujanos y boticarios para poder establecer la exactitud de los conocimientos que ellos habían adquirido en sus estudios universitarios; la falta de este funcionario en Chile obligó al Cabildo de Santiago a asumir esta tarea en bien de la colectividad. De esta manera pudo contener los estragos que por su ignorancia cometió el primer médico que tuvo el Hospital de La Caridad, don Gonzalo de Bazán, a quien se le redujo a las tareas de boticario. El bachiller Bazán trató con sus unciones mercuriales al segundo Gobernador de Chile, don Francisco de Villagra untándolo con un ungüento que contenía azogue, sales mercuriales, que le produjeron una insuficiencia renal aguda que lo llevó a la muerte en Concepción el 15 de julio de 1563 a los 56 años de edad.

En 1566, el Cabildo encomendó al cirujano Alonso de Villadiego el examen de los de su oficio. Desde el punto de vista clínico, no lo hizo mejor que su antecesor, pues daba pronto y expedito pasaporte al otro mundo a sus clientes. Por eso se decía entonces que a los pocos días de cura, era forzoso que sus enfermos tomaran “las de Villadiego”, es decir, se iban para nunca más volver.

En 1578, Juan Guerra de Salazar fue el primer chileno que se tituló de médico, haciéndolo en la ciudad de Lima en forma brillante, por lo que fue autorizado para atender tanto a españoles como a naturales, otorgándole el derecho de “curar y sangrar” a los enfermos.

En el curso de la centuria sobresalió como médico el portugués y jesuita secularizado Manuel de Fonseca, quien dirigió con acierto el hospital de Santiago hasta 1617, en que los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios lo tomaron a cargo, entre los cuales, fray Pedro Omepezoa, prior del referido hospital, se hizo notar como inteligente médico.

El centro de la preocupación en el reino de Chile a lo largo del siglo XVII fue La Guerra de Arauco, motivo por el cual la corona española seleccionó a sus gobernantes entre hombres de reconocida experiencia militar, como don Alonso de Ribera que había ganado ascensos en los campos de Flandes y de Francia. Una vez llegado a Chile, el gobernador Ribera puso especial interés en el mejoramiento del hospital de Nuestra Señora del Socorro de Santiago e hizo venir desde Lima a la congregación de los Hermanos de San Juan de Dios para que lo tomaran a su cargo, lo que ocurrió desde los comienzos de 1617. Los nuevos administradores acudieron al llamado dando el nombre de su institución al hospital, que pasó así a llamarse “Hospital San Juan de Dios”, desempeñando con gran celo y eficacia su mandato.

El hospital San Juan de Dios de Santiago de Nueva Extremadura tenía en 1620, rentas derivadas de la explotación de una hacienda que poseía en angostura de Paine, de limosnas de la comunidad y de una cuota del diezmo, que alcanzaba a unos \$ 3.000 anuales, suma que era insuficiente para la atención de sus 50 camas y el mantenimiento de la comunidad que los servía, en vista de lo cual los hermanos de la cofradía salían a recolectar las donaciones que les hacían las familias de Santiago, en unos capachos de cuero, lo que les valió el apodo de “padres capachos” y esta anécdota generó la canción de cuna con la que se hacía dormir a los niños:

“duérmete mi niño,
duérmete mi sol,

por los capachitos,
de San Juan de Dios.”

El terremoto de mayo de 1647, produjo grandes destrozos en el edificio del hospital, arruinando gran parte de sus pobres instalaciones.

También Ribera se preocupó, en 1603, por restaurar el desaparecido hospital de la ciudad de Concepción, que puso bajo el patronato de su Cabildo y que entregó posteriormente a los Hermanos de San Juan de Dios, pero los frecuentes terremotos ocurridos en la zona afectaron seriamente la vida del establecimiento.

En 1645 fue establecido un hospital en la ciudad de Valdivia, bien dotado en camas, botica y asistencia médica.

Como la guerra de Arauco continuaba, las frecuentes expediciones militares y la llegada de gobernadores militares, que detentaban el grado de Capitán General, aportaron nuevos médicos, que de todas maneras eran insuficientes para la colonización creciente. Es notoria la escasez de médicos frente a la población que crece y se dispersa en el ámbito territorial. De allí que sea frecuente que el Cabildo de Santiago niegue permiso para abandonar la ciudad al único médico que en ella sirve.

Con el año 1737, se abre para Chile una era de progresivo adelanto, que se prolonga hasta comienzos del siglo siguiente. En esa fecha asume el gobierno don José Antonio Manso de Velazco, mandatario de gran dinámica, gracias a cuyo laborioso empuje se fundaron en el país, ocho villas y ciudades.

En la capital siguió prestando sus servicios el hospital San Juan de Dios con 96 camas, divididas conforme al sexo de los enfermos y a su calidad de españoles o indígenas. El tiempo fue deteriorando su edificio, hasta que el gobernador Avilés ordenó su demolición en 1797, construyéndose uno nuevo bajo la dirección del arquitecto Toesca, en la Alameda entre las calles San Francisco y Santa Rosa, siendo inaugurado en 1800.

Por otra parte, desde 1782 la ciudad de Santiago contó con un segundo hospital, el San Francisco de Borja para la atención exclusiva de mujeres, el cual funcionó en un antiguo edificio del noviciado ubicado en la Alameda entre Castro y Dieciocho, que quedó desocupado luego de la expulsión de La Orden de los Jesuitas. El Real Hospital de San Francisco de Borja fue resultado del primer esfuerzo que hacía el gobierno laico colonial para crear un nuevo hospital en Santiago en más de doscientos años, cuya construcción fue acelerada por la epidemia de viruela de 1779, que hizo aumentar su cupo de 20 a 50 camas. Durante los tres primeros años que van desde 1782 a 1785, se dio atención a 3.668 mujeres, de las cuales fallecieron 525, lo que da una letalidad de 14,3 %.

Durante el siglo XVIII fue preciso reconstruir una vez más algunos hospitales en zonas arrasadas por diversas catástrofes. En 1747 renació el de La Serena, desaparecido en la centuria anterior en el incendio de la ciudad por el pirata Sharp (de allí viene la expresión de desastre “llegó charqui a Coquimbo”), pero volvió a sucumbir en 1792 en el terremoto que arruinó la población. La ciudad de Valdivia logró contar otra vez con un establecimiento de esta especie a partir de 1753. Su regencia encomendada a la orden de San Juan de Dios, pasó desde 1796 a los oficiales de la guarnición. Así mismo fue posible en 1795 abrir un nuevo hospital en la ciudad de Concepción en su nuevo emplazamiento de la calle de la Mocha.

En 1784 se inauguró en Valparaíso un hospital administrado por los juandedianos, y luego se repitió la experiencia en Chillán. Gracias a la munificencia de Juan Manuel de la Cruz, la ciudad de Talca contó a partir de 1803 con un hospital que obtuvo Permiso Real para su instalación.

La salud de la población al parecer era bastante buena puesto que el historiador Carvalho observa que aparte del chavalonco (el tifus, “humor en la cabeza”) y la viruela, no se padecen males en el país.

El hospital de San Juan de Dios, cuna y pilar de la beneficencia pública en Chile continuaba debilitándose día a día por su base al disminuir en su renta el real noveno. Los padres juandedianos que habían sido sus custodios, entraban ahora en un proceso de completa desmoralización, que acabaría por el escándalo. El abandono de los enfermos era imponderable y el número de frailes llegó a ser mayor que el número de pacientes. Aunque el piadoso Avilés, presidente de la junta de beneficencia había conseguido los fondos suficientes para reedificar el Crucero que llevaría su nombre, se necesitó la terrible energía del mayordomo mayor don Luís Zañartu para conservar en pie aquel podrido andamio.

Dentro de tanto desastre se destaca un benefactor meritorio, el cirujano latino José Yenes, hijo de Cataluña, quien vivía en una casa ubicada en la calle de las Agustinas N° 40 que donó al hospital para que disfrutara sus censos.

En enero de 1799 se inició una epidemia de viruela que alcanzó un auge inesperado en el mes de junio. El hospital San Juan de Dios se encontraba en proceso de reconstrucción y funcionaba con este nombre en un sector del San Borja bajo la dirección de Roque Huici. En 1801 y 1802 ocurrió una nueva epidemia y fue necesario establecer como anexo del hospital San Juan de Dios, un hospital provisional en la quinta de la Ollería que estuvo a cargo de Martín Calvo Encalada.

Con la creación de La Real Universidad de San Felipe se inician en Chile los estudios oficiales de Medicina, enseñanza que estuvo limitada a una cátedra ejercida por el irlandés Domingo Nevin, quien introdujo las medidas para combatir la T.B.C. y la disposición de métodos ordenados de alimentación para los enfermos en el hospital San Juan de Dios, creando un jardín botánico para el cultivo de plantas medicinales. Entre sus alumnos destaca por sus excepcionales cualidades, Fray Pedro Manuel Chaparro, dotado

de una poderosa intuición clínica, infatigable en el estudio y en la experimentación. En 1765, con motivo de la gran peste de viruela que asolaba a la capital, aplicó con mucho éxito una inoculación de pus de variolosos a personas sanas provocándoles una viruela atenuada que los dejaba inmunes a la enfermedad. Más de cinco mil personas fueron inoculadas y ninguna pereció. La vacuna descubierta por Jenner llegó a Chile antes que el Dr. Grajales, médico de “la expedición de la vacuna de Balmis” la trajera a nuestro país debido a que fue enviada desde Buenos Aires por el Marqués de Sobremonte quien la compró al capitán de la fragata portuguesa Rosa del Río, Manuel José Díaz, que realizaba un repugnante negocio preservando el fluido en un cargamento de 38 negros esclavos pasándola de brazo en brazo y conservándola en frascos de vidrio. Esta vacunación se aplicó por primera vez en Chile el 8 de octubre de 1805 por el fraile Chaparro en el pórtico de la catedral de Santiago. La extensión de la vacunación se debió al apoyo que le dio don Nicolás Matorras que desde el inicio demostró un vivo interés y desprendimiento en ayudar a propagar la variolización contribuyendo con los gastos indispensables. Cuando el médico español Manuel Grajales llegó a Chile en 1807 con la vacuna desarrollada por Jener, se encontró con que Chaparro ya tenía vacunadas a 8 mil personas.

La política de construcciones hospitalarias del despotismo ilustrado fue muy beneficiosa para la población chilena, de tal manera que a comienzos del siglo XIX la dotación de hospitales en el país tenía más de 600 camas y el respaldo de médicos y cirujanos de planta, lo que denota una preocupación permanente de las autoridades, desde el Gobernador hasta el último Alcalde.

Al iniciarse la guerra por la Independencia se vio la necesidad de establecer hospitales especiales destinados al tratamiento de oficiales y soldados heridos en los campos de batalla. En 1812 la Junta que presidía José Miguel Carrera, nombró a don José Nicolás de la Cerda y a don Manuel Joaquín Valdivieso para hacer realidad este propósito, mediante el traslado de las recogidas y huérfanos, al Hospicio, dejando desocupada la Casa de Huérfanos para hacer en ella las reparaciones y acomodos para instalar un hospital militar. Pero hubo una serie de dificultades por la discordia surgida entre José Miguel Carrera y su hermano Juan José, por lo que los militares pasaron a atenderse en una sección especial del hospital San Juan de Dios, registrándose un ingreso de 543 soldados, de los cuales fallecieron 19, según lo publicado en el periódico La Aurora de Chile en 1912. La Patria Vieja termina con el desastre de Rancagua y durante la Reconquista no hay registros de hospitales militares. Luego de la batalla de Chacabuco en febrero de 1817, comenzaron a llegar los heridos a Santiago y fueron hospitalizados en el San Borja,

donde quedaron bajo la atención del Dr. Isidoro Zapata, capitán de sanidad del Ejército de los Andes. Bajo la dirección del cirujano inglés Diego Paroissien se organizaron en Santiago cuatro hospitales militares: el San Juan de Dios pasó a llamarse Hospital Patrio de San Juan de Dios. La Casa de Recogidas que ocupaba lo que es hoy la Plaza Vicuña Mackena al pie del Cerro Santa Lucía fue evacuada y transformada en el Hospital Militar de San Rafael. El antiguo San Borja se convirtió en el Hospital Militar de La Cañada. En los terrenos de la Recoleta Dominica se estableció el Hospital Militar de la Viña de Santo Domingo y se instaló un Lazareto para los militares variolosos. En 1921 dejaron de funcionar los hospitales militares quedando solo el de San Rafael que por decreto del 14 de julio publicado en La Gaceta Ministerial de Chile se le suprimió su nombre pasando a llamarse Hospital Militar de la República de Chile, con una cabida de 300 camas. En 1823 se hizo cargo de su dirección el cirujano Mayor don Juan Greene, creándose una Junta de Sanidad para dicho establecimiento integrada por don Tomás O'Higgins, don Manuel Ortúzar y el Dr. Grajales.

Lograda La Independencia de Chile, don Bernardo O'Higgins puso un énfasis particular en las condiciones sanitarias de la población, dictando severas medidas para mantener la higiene de la ciudad y creando en 1822, La Junta De Sanidad, dándose un gran fomento a la vacunación antivariólica.

En mayo de 1823 fue nombrado mayordomo del hospital San Borja que tenía 75 camas, don Estanislao Portales Larraín, primo de Diego Portales. Como cirujano tratante las oficiaba Bartolomé Coronillas y desde 1819 a 1826, ejerció en él con una renta de 30 pesos mensuales, Juan Miquel, médico de origen portugués que había llegado a Chile como cirujano del ejército español de la Reconquista. Entre otras cosas destacadas, le tocó atender al General San Martín, a su regreso del Perú, en octubre de 1822, por una fiebre tifoidea.

Coincidente con el anhelo de construir un Estado y consolidar una nacionalidad, el ministro Diego Portales, se preocupa, entre otras cosas, por las capas bajas de la población, cuyas condiciones sanitarias eran muy deficientes. Por este motivo en diciembre de 1832, el gobierno creó La Junta Directora de Hospitales y Casa de Expósito para la capital, la cual dio un apreciable impulso a dichos establecimientos, al frente de los cuales instituyó como administrador a don Diego Antonio Barros, quien realizó un positivo manejo, introduciendo diversos adelantos técnicos y sanitarios.

La profesión médica, mirada largo tiempo con desdén y entregada más de una vez a mulatos ignorantes, fue mejorando progresivamente con la llegada de diversos facultativos extranjeros como Guillermo Blest, Nataniel Cox, José Vicente Bustillos y Lorenzo Sazie, que establecieron diversas cátedras en la recién inaugurada Escuela de Medicina, cuyas clases comenzaron a impartirse desde 1838 en el Hospital San Juan de Dios. En dicha Escuela terminó su ciclo de preparación médico-quirúrgica en 1842, el primer grupo compuesto por Francisco Javier Tocornal (hijo del Ministro), Juan Mackenna Vicuña, Luis Ballestes y Francisco Rodríguez.

Al comenzar el gobierno de Manuel Bulnes, el hospital San Francisco de Borja estaba aun ubicado en la Cañada cerca del Callejón Ugarte (San Ignacio y Almirante Latorre). En 1859 se trasladó a un nuevo edificio de modelo francés, ubicado en un sitio ubicado en la Cañada, más al oriente del hospital San Juan de Dios y de la chacra de Cifuentes, entre las calles de la Maestranza (Portugal) y de la Cintura (Vicuña Mackena), donde hoy están las Torres de San Borja y el hotel Crown Plaza. Tenía 8 salas, con capacidad de 400 camas. En él atendieron José Joaquín Aguirre, Ramón Allende Padín y el cirujano francés Alfonso Thevenot.

Entre 1841 y 1886, el Hospital San Juan de Dios de Santiago, completó su edificación con la inauguración del edificio de la antigua Escuela de Medicina aladaña a la calle San Francisco y de la iglesia del mismo nombre, transformándose en un gran hospital de 500 camas, con un equipo profesional de nivel europeo.

Al asumir el Presidente Errazuriz Zañartu, su ministro de Instrucción Pública Abdón Cifuentes, alarmado por la grave situación de la alta mortalidad y la deficiente atención hospitalaria en la creciente población de la capital, hizo gestiones para que el gobierno tomara la iniciativa de construir hospitales generales para paliar el déficit de camas. Como los fondos fiscales no alcanzaban para financiar el gasto, Cifuentes logró reunir a 50 personalidades de Santiago quienes con aportes privados lograron reunir \$ 350.000 que sirvieron para construir un hospital de hombres llamado “del Salvador” y otro para enfermedades contagiosas, denominado “San Vicente de Paul”. Para construir el primero se adquirió una chacra de los padres Mercedarios ubicada más allá de la calle de la Cintura, muy al oriente, en el barrio de la Providencia. Esto provocó la inmediata protesta de los médicos, por la enorme lejanía que tendría del centro de Santiago, pero una nueva epidemia de viruela aceleró la construcción de nuevos Lazaretos en la ciudad que aumentaron el número de camas hospitalarias, como lo fueron, el de San Rafael

(70), el Pía Unión (70), el San Januario (150), el San Pablo (350) y el de San Vicente (86).

El más importante de los hospitales chilenos fundados en esta época fue el San Vicente de Paul, al cuidado de las Hermanas de la Caridad, diseñado según los modelos franceses por los arquitectos Eugenio Chelli y Carlos Stegmiller, ubicado en la calle Independencia entre Panteón y Santos Dumont, que inaugurado el 2 de noviembre de 1874 funcionó hasta 1957 en que entró en funciones el moderno hospital José Joaquín Aguirre, prestando su último servicio como salas de clases de la Escuela de Medicina, luego de su incendio en 1948.

Los gobiernos de Errazuriz Zañartu, Aníbal Pinto, Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda le dieron un gran desarrollo a la atención hospitalaria por lo que en 1885, Chile contaba con 60 hospitales, 90 dispensarios, 8 hospicios, 6 casas de huérfanos y 1a Casa de Orates, lo que totalizaba 4.000 camas, que atendieron 55.400 pacientes con un 14% de mortalidad. A esto se agregó el hecho que después de la Guerra del Pacífico se construyeron los hospitales definitivos en Arica, Iquique, Pisagua y Antofagasta.

En las provincias de Tacna y Arica que de acuerdo al Tratado de Ancón continuaban en poder de Chile funcionaban dos hospitales: el San Ramón en Tacna y el San Juan de Dios en Arica, con una disponibilidad de 100 camas que habían permitido la atención de 1.672 pacientes.

HISTORIA HOSPITALARIA DE ARICA.

El territorio que corresponde a Arica y sus diversas culturas es hollado por el pié del ser humano desde hace 10.000 años y su historia se pierde en la noche de los tiempos. Los españoles en su evangelización la cristianizaron otorgándole el nombre de San Marcos de Arica de la Frontera, constituyéndose administrativamente como un Corregimiento en 1579; sin embargo esta comarca durante las edades incaicas formó parte del suyo, o sea de la parcela conocida como Urin Collasuyo, Bajo Collasuyo de los llanos y de la mar, pasando a llamarse Yunga-collaguas o tierras bajas, también denominadas Collo-lupacas que significa tierras asoleadas o calientes. Este territorio fue de extracción paucacolla por su origen, idioma, tradiciones, costumbres e idealidades, dependiendo de la comarca mediterránea de Chucuito (baile ritual con los antepasados), siendo uno de los primeros en recibir los beneficios de la civilización tawantinsuyo. Por su índole collagua su nombre procede del idioma colla, la palabra Ari que significa punta, cumbre, barranca escarpada o peñón, sumado a Iqui, que es voz del verbo iquiña que expresa dormir o acogerse para dormir. Esta noción de dormitorio escarpado, tuvo que ver desde luego con el histórico Morro que es un dormitorio fragoso para una gran variedad de aves marinas y que es el peñón donde limitaba con el mar el Callejón de Chucuito, el valle por el cual transitaban los mitimaes andinos.

Los españoles que en el desenvolvimiento de sus exploraciones reconocieron el territorio comprendido entre el río Tambo por el norte y el río Loa por el sur, tuvieron la primera noticia de Arica en el año 1535. A fines de ese año don Diego de Almagro, a su decepcionada vuelta de Chile, en su marcha forzada hacia Cuzco por el camino del Inca, pasó de sur a norte por Arica al frente de los quinientos andrajosos españoles que le quedaban, cuyas rotas vestimentas hiciera que fueran motejados como “los rotos de Chile”.

Como Almagro pretendió reponer a costa de gente ariqueña los indios auxiliares perdidos por muerte o desertión durante las etapas de su larga travesía, los habitantes del valle huyeron a los despoblados de Carangas (indios pelados o indios de menor cultura). Desde entonces el valle que en el pasado se llamó Umagata (trueque del agua de regadío), fue denominado de Zapa o de Azapa que en lengua quechua significa solitario o abandonado. Un cierto número de españoles optaron por radicarse en estas tierras comenzando la colonización de Arica.

En compañía del Adelantado don Diego venían dos religiosos de la Orden de La Merced: Fray Antonio Rendón Sarmiento y Fray Francisco Ruiz Castellano, animosos frailes que en su afán evangelizador, bautizaron mediante el acto de celebración de la

primera misa, a Pica el día de San Andrés, a Tarapacá el día de San Lorenzo, a Arica el día de San Marcos, a Azapa el día de San Miguel y a Tacna el de San Pedro.

En la hueste venían también unos portugueses apellidados Rodríguez, que eran entendidos en achaques de minería y metalurgia y que descubrieron el opulento mineral de Huantajaya (del quechua, bubas duras). Uno de ellos, Francisco Rodríguez de Almeida, obtuvo de la Corona española, licencia para trabajar dicho mineral y de paso, el nombramiento de primera autoridad de la naciente ciudad de San Marcos de Arica. En 1540 en la Cédula relativa a la encomienda con que fue agraciado el conquistador Lucas Martínez Vegazo, está dicho en el Arica de pescadores, cuyas tolderías estaban en las playas de la ensenada de Chacalluta, de uta, casa y chaca, hueso: casas de huesos, hechas con pieles de lobo marino tendidos sobre huesos de ballena. En 1572 el Virrey don Francisco de Toledo ordenó habilitar su bahía para la descarga de los azogues que se despachaban con destino a Potosí, adquiriendo un gran desarrollo en los siguientes seis años. En 1584, el incipiente vecindario ariqueño se vio reforzado con la llegada de cuarenta familias de primordiales traídas de Cartagena de las Indias y de España, por orden del rey Felipe II, a las cuales se les repartió tierras en el puerto y en los valles de Azapa y Lluta (casa del trueno). Se consideran apellidos hidalgos de gente fundadora de Arica, los Castro, Ramírez, Ulloa, Contreras, Lasso, Ragoytía, que luego se transformó en Rabutía, Lasso de la Vega, Messía de Zúñiga, Salgado de Araujo, Baños Sotomayor.

Los impuestos que establece la Nueva Recopilación estaban constituidos por la Alcabalas, que es el derecho real que se paga al Rey de lo que se vende o trueca, una especie de IVA de la época, el 3% sobre mercaderías, el 4% sobre muebles, bienes raíces y semovientes (ganado), 6% sobre géneros y los esclavos negros. El Almojarifazgo, el 5% sobre el derecho de puerto o de importación

En este San Marcos de Arica de la Frontera, el inicio de la actividad hospitalaria, se remonta al año 1577 en que se construye el primer hospital a la orilla de la playa al lado del astillero que tenía Lucas Martínez, en un lugar llamado Caya Caya, que significa invocar la salud, en bien de quien la tiene quebrantada. La invocación dice lo siguiente:

¿Maytam chaita rinqui... tutayac huasita?
Mana intipichayasccanta, mana yacupasccanta.
¿Ama manchachariychu!
¿Cuticamy mamaiquin, tataiquim llacquicum!!

¿A qué vas a esa mansión oscura, donde no luce el sol ni existe el agua?
Regresa... no te asustes... ¡tus padres sienten pena por ti!

La terminología anatómica en idioma incaico era la siguiente:

corazón = soncco (profundo, íntimo)	vena = circa;
diafragma = huihccanan (pared)	diente = quiro;
cabeza = uma (agua o manatíal que	húmero = llanuc;
derrama un torrente de conocimientos a	dedo = ruccana;
los demás órganos)	músculo = aicha;
codo = ccuchu (rincón del brazo)	ojo = ñahui;
cara = uya;	globo ocular = ñahui runtu;
nariz = sincca;	cabello = chuccha;
costilla = huacctan tullu;	cuello = cunca;
mano = maqui;	intestino = chunchuli;
boca = simi;	hígado = ñatec cucupin;
pestaña = cchechipra;	riñón = rurun;
ceja = cuca;	cerebro = ñoccto;
oreja = rinri;	útero = huahuana.
uña = cillo;	

Con respecto a las enfermedades, llamaron ticrapu a la transmisión de la enfermedad; rupay a la fiebre; chuchoy al calofrío; muspay al delirio febril. Nanay al dolor; soncco nanay al dolor al corazón; huecau nanay al dolor de cintura. La expresión correspondiente a enfermedades es oncoy y la equivalente a epidemia, ccolloy; un pueblo que desaparece por una gran epidemia, es llactaccolloy. La noción correspondiente a convalecencia es allin yariy, al estado de salud física, allinllaycay; el estado exultante de euforia moral, jaucallacay. Al tifus exantemático lo llamaban Occe lasta que significa nevar plomo por las máculas que cubren la piel; al sarampión, puca lasta (nevada roja); a la viruela, muru (grano, mancha o pintura); a la sífilis, huanta, al enfermo sifilítico, huantec. Las enfermedades de los ojos eran conocidas con el nombre de ñahuioncoy, diferenciando la oftalmía por reflejo ultravioleta en la nieve que era llamado surumpi. Las tercianas provocadas por la malaria se denominaban chuchooncoy (enfermedad que hace temblar), pari es pantano, el equivalente del latín paludis, observando que esta enfermedad se producía en las quebradas donde había grandes charcos de agua detenida, a diferencia de puquio o manantial como llamaban al ascitis. Los humahampecs

eran los neurocirujanos expertos en la curación de cráneos machacados y en la operación de trepanación. Huañuc es muerto o cadáver mientras aya, ánima o alma. Aya-aruhui es el discurso fúnebre o elegía hablada o cantada en presencia del muerto.

La primera fundación piadosa destinada a la curación de los enfermos fue costeadada por el encomendero Lucas Martínez Vegazo, gran amigo de Pedro de Valdivia, nacido en Trujillo de Extremadura, quien había recibido en la repartición del rescate de Atahualpa 135 marcos de plata y 3,333 pesos de oro. Los frailes franciscanos fueron los primeros religiosos que prestaron servicio en él. Este hospital recibió el nombre de “San Antonio” debiendo su advocación al santo de Padua por estar comprendida la parroquia ariqueña en la provincia franciscana de San Antonio, cuyos capítulos se celebraban en el Cuzco. Al comienzo el hospital fue una simple hospedería provista de un corto número de camas y de una capilla consagrada al patriarca San José situada al margen del río, que por tal motivo se llamó y sigue llamándose San José. Figuraban en él, en calidad de legos y ordenados, cierto número de hijos de vecinos del lugar. Posteriormente se acordó elevar la categoría del modesto hospital-convento hospedería de Arica a la categoría de guardianía dotándolo de religiosos sacerdotes y de competente número de legos y donados, cumpliendo aquel acuerdo, en calidad de guardián, el reverendo padre, fray Luís de Acosta. Refiriéndose a este establecimiento, fray Diego de Mendoza, escribe lo siguiente: “Aunque el temple de la tierra es enfermizo, por ser con extremo cálido y seco, la fundación es en este sitio menos dañoso, por estar retirado de la ciudad como diez cuadras y fuera del abrigo del Morro, donde libremente le baña el aire. Tiene un claustro bajo, cubierto al reparo de los soles grandes que aquí hacen, aunque no llueve, por ser llanos. Tiene suficientes celdas para los religiosos moradores y huéspedes, oficinas y huertas con suficiente agua de riego de las plantas y hortalizas que en estas se cultivan.” Fue su patrono el Cabildo, el cual atendió con sus propias rentas aumentadas con el rendimiento del impuesto llamado “del tomín para el hospital”, que gravaba sobre los encomenderos y hacendados, a razón de un tomín por cada indio o esclavo enfermo. El mantenimiento corrió por cuenta de los vecinos principales del puerto de Arica, los cuales eligieron una Junta de 24 miembros, a los que les correspondía turnos semanales para “cuidar el servicio y el regalo de los pobres enfermos”, como se estableció por decreto. El terremoto de 1604 echaría por tierra aquel embrión de hospital.

De su dotación hay escasos antecedentes, salvo el del traslado de tres religiosos para atender el hospital de Arequipa. Junto a ellos viajó un oscuro donado, (persona que sirve a una orden religiosa mendicante y que viste habito pero no profesa), llamado

Ignacio Araucano, quien habiendo sido apresado durante la guerra de Arauco fue traído hasta Arica en calidad de esclavo y comprado en 59 pesos y tres reales por Antonio Pérez de Acosta, para ser cedido a los padres del hospital San Antonio de Padua, donde se destacó como lego topiquero, es decir quien esparcía tópicos y emplastos sanadores a la piel de los pacientes, el encargado de aplicar bizmas de estopa, incienso y mirra y vendar potras, como se llamaba en esa época a la hernia o cualquiera inflamación inguinal o escrotal. Juan el Araucano murió en Arequipa en opinión de santo y su cuerpo enterrado en el Templo de San Juan de Dios de la ciudad blanca, cuando fue sacado de su nicho en 1801 estaba incorrupto y su cara mostraba los mismos rasgos de la pintura que se había hecho de él en vida.

Arica se fue poblando con una rapidez no prevista por aquellos que la fundaron. De las 40 familias originales pasaron a ser 200 y el vecindario, reforzado diariamente, contuvo al naviero, al dueño de recuas, al mercader, al médico, al religioso, al letrado y a los restantes personeros de las diferentes artes e industrias que imparten actividad, bienestar y lustre a una sociedad.

En salud las cosas continuaron sin variación hasta el terrible terremoto, acompañado de una salida de la mar que el 24 de noviembre de 1604 asoló Arica, barrió el fuerte y descabalgó sus cañones y pertrechos, destruyendo también parte del hospital por lo que se determinó construir uno nuevo que entró en funciones el año 1610 en el lugar donde ahora existe un sitio que se ocupa como estacionamiento, en la calle Baquedano, al lado del edificio actual de La Municipalidad. “Por una quimera de infanzón quisquilloso, el maese de campo don Gaspar de Oviedo, vecino de los más honorables del lugar, tuvo a bien mandar derribar la casa solariega que poseía en lo mejor del pueblo y donar a los franciscanos el solar que aquella ocupó.” El maderamen, sillería, altares, retablos, paramentos de la antigua fundación de la chimba fueron aprovechados en la nueva construcción.

En 1615 los religiosos de San Juan de Dios, elevados de la condición de Cofradía a la de orden religiosa propiamente dicha por bula del Pontífice Paulo V, se hicieron cargo del hospital de Arica bajo la consabida advocación de San Antonio de Padua, manteniendo canónicamente el nombre desde los días de su fundación.

En 1621 prestaban servicio en el hospital de Arica: fray Pedro Corpa en calidad de comisario, 2 religiosos regulares, un hermano topiquero encargado de aplicar los

medicamentos externos y un hermano boticario, que habían sido regularizados en la nueva orden de hospitalarios de San Juan de Dios.

Al bagaje científico de la institución perteneció un libro llamado “Espejo de Cirujanos” que contenía todo lo que en esos años se sabía de achaques patológicos y quirúrgicos. También tenían un libro de obstetricia de Juan Alonso, titulado “Diez privilegios para Mujeres Preñadas”. Otros textos a destacar son: Prosnosticoru Ipocrate, Antidotarium General, Controverarium Franscisti, De medica historia, Practica Salernitana de Febribus, Verdadera Medicina, Cirugía y Astrología y una sugestiva obra titulada “Cien oraciones fúnebres”.

Contribuyó con largueza a la fundación y dotación del hospital, don Francisco Humberto, sargento mayor de milicias, marido de doña Bárbara Casiano de Cartagena, según se desprende de las cláusulas de su testamento otorgado en agosto de 1663: “Ítem, mil pesos al hospital de San Antonio, fundado en esta ciudad que es a cargo de los religiosos de Sanjuán de Dios, que es para terminar la sala de enfermería que tengo principiada, gastándolos por mano de mi albacea, sin que entren en poder de los dichos religiosos. Lo que alcance dicha cantidad se empleará en colchones, frazadas y ropa blanca, porque lo que fuese fábrica de adobes, enlucir y blanquear lo harán mis esclavos. Y se han de poner las ventanas que tengo labradas y las cujas que traje de La Ciudad de los Reyes”.

En 1680, Francisco de Villarreal, elevó un memorial al Virrei, pidiendo una plaza de artillero en Arica, donde podría además ejercer el oficio de Cirujano Mayor en el Hospital. Las malas lenguas de la época decían que cuando fracasaba como cirujano tratante y se le moría el paciente, decía que “había errado el tiro”.

Por el hecho que los padres juandedianos tuviesen a su cargo el hospital, se generó la costumbre popular de llamarlo Hospital de San Juan de Dios, con el que fue conocido posteriormente, sin embargo oficialmente continuaba con su nombre original como lo certifica un Libro de “Inventario del Hospital de San Antonio de Arica” firmado por su administrador el P.D. Benito Oreggia en 1854.

Aunque el nuevo hospital recibe el reconocimiento Real de La Corona Española, el problema de su financiamiento era bastante difícil puesto que sólo se recibía como subvención el llamado “Tomín del Hospital”, término que deriva del árabe tumni, que

significa octava parte; moneda de plata que correspondía a la octava parte del castellano de oro y a la tercera parte del adarme, moneda ésta que era la decimosexta parte de una onza española equivalente a 596 miligramos.

Para mejorar el financiamiento del hospital se autorizó un impuesto de \$ 12 a todo barco que fondeara en el puerto de Arica, agregándose en 1793 una contribución de los solares de la ciudad y de las haciendas de Azapa, Lluta, Sama y Mollepampa, con lo cual los ingresos ascendieron a \$ 1.165 y 2 reales, presupuesto que aunque bastante mejorado, distaba mucho de ser suficiente para satisfacer las necesidades del que no había podido aumentar las 10 camas originales.

Esta tradición de aportes al hospital acredita una antigüedad de tres y medio siglos como lo afirma don Pedro de Ureta i Peralta en la edición del 18 de octubre de 1792 en el Mercurio Peruano; dice que “el Rei de España ordenó el abono de 812 pesos 6 ½ reales anualmente sobre el ramo de tributos, a favor del hospital, con el fin de que los indios que obligados con el peso de los males naturales necesitasen de curación, recibieran allí protección i auxilio; i que fue uno de los primeros cuidados del Virei Toledo en 1577 incluir esa contribución en las tasas tributales.”

“En 22 de abril de 1740 se le pagaron al prior de San Juan de Dios, Frai Lucas Muñoz, ciento i cincuenta pesos por otros que se debían i había de haber a cuenta del tomin del hospital de dicho convento, de que dio carta de pago ante los Of. R. de esta caja con fecha de hoy.”

En la fecha en que Ureta escribe, el Hospital había decaído de su primera institución, “porque siendo Arica por su temperamento no el refugio de los malos sino la destrucción de los buenos”, los indios no iban a curarse por temor al clima que tiene un mal aire.

La falta de capacidad del hospital se hacía crítica en los años de epidemias teniendo que colocarse camas agregadas en los pasillos y aun en las celdas de los religiosos.

El Dr. Diego Suárez de Herrera fue contratado por seis años en Arica para combatir la epidemia de chavalonco, fiebre tifoidea, en 1647, recibiendo dos mil pesos de plata por año de servicio, aficionándose al buen vino que se producía en Arica.

La alimentación de los enfermos del hospital era bastante magra y consistía en una mazamorra líquida a la que en la ración de la tarde se le agregaba el loco, guiso compuesto de maíz, verduras cocidas y un poco de carne para la sustancia.

La botica del hospital era también bastante pobre y consistía en unos pocos pocillos pequeños que cabían en una mesa, manteniendo su autoridad farmacológica los médicos herbolarios que curaban con yerbas, emplastos e infusiones y azotes de ortiga en caso de parálisis. Lo más curioso eran los nombres de las drogas usadas, siendo las más solicitadas la enjundia de cóndor, piedras de araña, sangre de macho, bálsamo de calabazas, agua de capón, ojos de cangrejo, dientes de jabalí, ranas calcinadas, uña de la gran bestia, unicornio verdadero, aceites de lagarto y espíritu de lombrices.

Los aportes al hospital estaban fuertemente influidos por las sequías y los aluviones. Así, mientras no llovió lo suficiente en 1680, ni en 1681, se tuvo que hacer concesiones en Arica a diferentes heredados del valle de Azapa, respecto a las sequías que hubo en los tres años siguientes, debiéndose reducir los pagos del cabezón de alcabalas... a 25 pesos en cada año por falta de agua y no haber cogido cosechas. Hacia el año 1774 la fatalidad volvió a golpear a los agricultores de Azapa por la seca de agua y el año 1789 se exoneró nuevamente al valle de Azapa, atendiendo la falta de agua que sufrían sus haciendas.

Por el contrario, la abundancia de lluvias de verano, con efectos aluviónicos destructivos en la cuenca alta de los ríos que llegan hasta la costa desde la zona altiplánica, se alternaban con los períodos de sequía por efecto del fenómeno del Niño. En Arica, la crecida del río San José del valle de Azapa, en 1663, se llevó 20 casas y se arenó tan prontamente la bahía que los navíos que estaban surtos en el puerto, en nueve brazas de agua, de pronto se hallaron en cinco y las anclas enterradas y perdidas, por lo que fue forzoso cortar de prisa los cables y hacerse a la mar.

Amadeo Francisco Frezier, el más conocido de los viajeros franceses del siglo XVIII, quien estuvo en el sur del Perú, hace varios relatos de su estada en Arica:

“Esta es una aldea de no más de 150 familias, en su mayor parte negros, mulatos e indios y pocos blancos. Las casas están hechas de cañas revestidas con barro. El empleo del adobe se reserva para los edificios de mayor importancia y para las iglesias. Como nunca llueve, no hay más techo que una estera, lo que da por fuerza a las casas un aspecto ruinoso. Hay un convento de franciscanos y un hospital que ha sido reconstruido

en el punto más bonito del valle, cerca del mar y que está a cargo de los hermanos de San Juan de Dios”. Achaca la desgracia de Arica a los terremotos, como el ocurrido en 1604, acompañado de una salida de mar que hizo desaparecer sus construcciones, a lo que se suma las excursiones de piratas y filibusteros ingleses y holandeses. Describe también el valle de Azapa de 6 leguas de largo, lleno de pequeñas fincas y dispersos pantanos donde crece la totora. La mayor producción agrícola es el ají que tiene una venta anual de ochenta mil escudos.

El terremoto del 4 de diciembre de 1750 que dio por el suelo con muchas casas de Arica, entre otras la de doña Ángela Larragoitia y la que poseía doña María de las Nieves, así como la que tenía doña Petronila San Juan ubicada en la calle del Fuerte del Puerto, frente al convento de La Merced quedaron reducidas a escombros y pudieron ser vendidas posteriormente sólo como un solar.

Hubo también en los territorios del imperio incaico y posterior virreinato, grandes mortandades provocadas por epidemias. La primera de ellas fue la viruela entre 1524 y 1526 y de la que fue víctima mortal el inca Huayna Capac. Luego hubo una de sarampión entre 1535 y 1533. La de tifus exantemático ocurrió en 1541. La viruela y el sarampión exterminaron gran cantidad de indios entre 1558 y 1559. En Arica y Tacna, esta epidemia tuvo su mayor período de virulencia en 1589, atendiendo el pequeño hospital de San Antonio de Padua entre 14 y 16 pacientes infectados por día, con una mortalidad de 3,5 personas por mes de la clase española y castas superiores. En el libro de “Entierros” de indígenas, el promedio mensual era mucho mayor. En los años 1727, 1728 y 1729, hubo 13 casos anuales de una enfermedad gastrointestinal que podía corresponder a tifoidea o fiebre paratífica.

La peste del siglo fue la que explotó a mediados de marzo de 1759 y que se hizo incontenible en abril. Sobre el promedio anual de mortalidad de 6,4 fallecimientos, solamente en el mes de marzo fallecieron 17 personas y en abril 36. El mal fue fulminante porque en mayo sólo fallecieron 6, en junio 6 y en julio bajó a 3 personas. Las víctimas de esta catástrofe fueron en su gran mayoría adultos en un 79% y mayores de 5 años de edad en un 21%. Se desconoce la etiología de esta peste.

El mal de bubas o peste bubónica también estuvo presente en este funesto recuento de epidemias que afectaron la región. Los primeros pacientes fueron el negro Julián y la negra Sebastiana, que se recuperaron posteriormente.

El visitador Antonio O'Brien señaló en 1765, que en las quebradas y valles había 302 indios... de los que han muerto muchos de la peste que se ha experimentado en el referido año.

La mayor mortalidad de la época se dio en el verano de 1768, en que fallecieron 48 personas, de las cuales el 79% eran menores de 5 años y 21% mayores de 5 años de un mal que producía diarrea aguda con deshidratación. En el verano siguiente, el cuadro se volvió a repetir afectando a 17 niños menores y 5 mayores de 5 años.

Es interesante consignar un caso que se sale de la tremenda religiosidad colonial, el de Juan de Pulibí, francés librepensador, que estando en trance de muerte por causa de la peste, se negó a recibir auxilios espirituales: "no se confesó ni recibió ningún sacramento por haber endurecido esta diligencia por más que para ello se le amonestó", según dice el párroco que lo asistió, pese a lo cual lo enterró en el templo para descargo de su conciencia, haciendo gala de una amplia y generosa tolerancia.

Las pestes seguirán amagando el territorio hasta fines del siglo XVIII y se extenderán en el siglo XIX y aun a principios de XX, con el pavoroso recuerdo de la epidemia de la fiebre amarilla en 1869.

Noventa y cinco años después de la descripción que hiciera el padre Vásquez de Espinosa y un siglo después de la que hizo fray Ambrosio Maldonado, la ciudad de San Marcos de Arica mostraba ya los signos de una evidente decadencia.

La dotación del establecimiento hospitalario fue disminuyendo con el tiempo y a fines del siglo XVIII encontramos a cargo del hospital a Fray Mateo Vizcarra con dos sacerdotes que hacían lo que podían con lo poco que tenían.

Con el correr del tiempo, el "Hospital San Juan de Dios" siguió en su evolución el ritmo pausado con que crecía la ciudad bajo la administración peruana, siendo alterado solamente por la epidemia de fiebre amarilla que el año 1869 aniquiló a la tercera parte de la población de Tacna y Arica, haciendo desaparecer familias enteras.

La ciudad de Arica, que tenía un total de 25 manzanas construidas, fue afectada por un violento terremoto y maremoto, el 13 de agosto de 1868, a las 5 de la tarde. Este desastre afectó la costa del Pacífico desde Valparaíso, por el sur, hasta Ica, por el norte.

En Arica, murieron 300 personas y las pérdidas materiales alcanzaron los cinco y medio millones de pesos.

“El mar se volvió loco, enormes olas chocaban entre si y barrieron los enormes cañones situados en la Isla del Alacrán, tapando el fuerte que allí existía con varios metros de agua, las locomotoras, vagones y maquinaria pesada del Ferrocarril a Tacna desaparecieron y nunca más se supo de ellos.

“El Morro se derrumbó en enormes pedazos y quedaron al descubierto cientos de momias de los cementerios indígenas de sus laderas. Muchos marineros creyeron sinceramente que había llegado el día del juicio final, mientras el vapor norteamericano Wateree bailaba como una caja de fósforos a merced de las terribles olas. Así llegó la noche y el barco era arrastrado con enorme violencia por las olas del maremoto, finalmente, a las ocho, el barco se montó sobre la más grande ola del maremoto, una verdadera muralla de agua y fue arrojado desde la cima de la ola varios kilómetros tierra adentro.

“Aporreados pero ilesos, los tripulantes del Wateree se bajaron a tierra a la luz de linternas, sin poder creer la aventura que habían pasado. El Wateree quedó así varado varios kilómetros tierra adentro a los pies de los cerros que enfrentan la Playa las Machas. Como no era factible llevarlo hasta el mar, el barco fue desmantelado y puesto a remate; un empresario soñador (típico ariqueño) lo compró para convertirlo en hotel, pero luego del terremoto vino un violento brote de malaria y la hotelería no era un negocio muy factible en esas circunstancias. Para aprovechar sus instalaciones se le utilizó como hospital provisorio. Finalmente el victorioso barco se transformó en una bodega.

Dada la enorme destrucción sufrida por la ciudad que dio por tierra a todas sus edificaciones el gobierno peruano encomendó al Ministro de Hacienda Nicolás de Piérola, desarrollar un plan para la reconstrucción de Arica. Este consideró el rediseño urbanístico y la ejecución de importantes obras públicas, tales como el edificio de la Aduana, el edificio de Correos y Telégrafo y la Subprefectura. En infraestructura y equipamiento el plan contemplaba la reconstrucción del muelle, la estación de pasajeros del Ferrocarril Arica-Tacna, el Hospital San Juan de Dios, la Cárcel, el Cuartel de Policía, un Colegio, la Recova y un templo en reemplazo de la destruida iglesia Basílica. Este plan de reconstrucción comenzó a ejecutarse en 1871, adjudicándose el contrato de Construcción la firma “Gustave Eiffel et Compagnie”.

En 1874 se terminó de levantar el edificio de la Aduana. La iglesia fue reemplazada por otra, hecha íntegramente de fierro colado en los talleres franceses de Eiffel, y fue inaugurada el 2 de julio de 1876.

Pero, el 9 de mayo de 1877, a las 8 de la noche, un nuevo terremoto y maremoto volvió a destruir Arica. Aunque hubo sólo cinco personas fallecidas, se desplomó la mayoría de los edificios y hubo pérdidas valuadas en cuatro millones de pesos.

Reconstruida nuevamente la ciudad, el puerto de Arica se transforma en el más importante del sur del Perú y el Morro y la ciudad son fuertemente artillados para enfrentar La Guerra del Pacífico que se inicia en 1879 y que va a escribir uno de sus capítulos más gloriosos el 7 de junio de 1880 con el asalto y toma del histórico peñón por las tropas chilenas. El hospital San Juan de Dios se va a transformar en el centro neurálgico de las defensas al ser instaladas en él por el ingeniero Teodoro Elmore, los controles eléctricos que detonarían las minas explosivas subterráneas ubicadas en los fuertes y en todos los puntos importantes de la ciudad. Durante la batalla las minas produjeron numerosos muertos y heridos en ambos bandos. Capturado el hospital por los soldados chilenos pudieron neutralizar estas armas activadas a distancia y que eran tremendamente destructivas. Después de la batalla el hospital tuvo que reorganizarse para atender a los numerosos heridos, que fueron intervenidos por el cirujano 2º, Dr. Juan Llausás y el practicante Moisés Zúñiga, ayudados por el cirujano 2º, Dr. Juan F. Ibarra.

Según expresaba un viajero anónimo, en 1880, es decir, en plena guerra, cuando la ciudad estaba ocupada por las tropas chilenas, las construcciones eran todas de techos lisos y en materia arquitectónica “solo la Aduana y la pequeña y elegante iglesia matriz llaman la atención. La primera es un cómodo, sencillo y extenso edificio; pero sus murallas, aunque de cal y ladrillo, no prestan seguridad”. La Iglesia, “que es un bonito y pintoresco edificio en su parte exterior, así como en sus sencillos y vistosos adornos en su parte interior, está construida toda de fierro (...)”.

Agrega el viajero que “el comercio de Arica se resiente de falta de animación y de surtido. Abundan sólo los pequeños negocios en que la venta de licor hace el principal; pero tiendas, propiamente hablando, no las hay, y las mercaderías que se expenden son ordinarias, incompletas y de un precio tal, que al que llega del sur le produce tal impresión que apenas le deja ánimo para despedirse del comerciante. En general, el

precio de todos los productos es el doble de lo que importan en Santiago o Valparaíso. “La vida es cara y se sirve mal. No hay más que un hotel que presenta alojamiento, y como único impone su ley.”

“Las habitaciones son tan escasas que es cuestión de perder inútilmente una semana buscando una pieza. Los jóvenes empleados en las diversas secciones de aduana, viven hasta tres en una sola pieza”.

Para este testigo, “las disenterías y la terciana atacan sin que se les haya dado pretexto. Para los reumáticos, el clima es infernal. Y no puede ser de otro modo, con un suelo constantemente húmedo y un sol tropical. El Morro influye en el mal clima, porque impide que la brisa del sur bañe la población y purifique el aire”.

El 7 de junio de 1880, como parte de la Campaña de Tacna y Arica, las fuerzas chilenas tomaron y ocuparon la ciudad y puerto de Arica. Desde entonces, ésta comenzó a vivir un nuevo proceso de asentamiento que llevará la impronta de la modernidad decimonónica y que portará el sello del nuevo Estado, lo cual significó un cambio en la región por cuanto la tradición hispana mantenida en el territorio peruano, ya había sido largamente superada en Chile por el dinamismo modernizante que la organización política impuso tempranamente a la actividad económica, con el consiguiente reordenamiento social. Este es uno de los desafíos históricos que Arica debe asumir con mayor compromiso conciliatorio entre la diversidad cultural existente de 9 mil años, muy diferente a las tradiciones chilenas.

La cosmovisión que impregnó al chileno que iniciaba su asentamiento en la ciudad de Arica y sectores bajos de los valles aledaños a ésta, se caracterizó por el mismo espíritu progresista que animaba a los Estados-Naciones de vanguardia en el mundo. Chile compartió, adoptó y desarrolló un proyecto histórico modernizante que si bien era común al resto de los países latinoamericanos, tuvo en él rápida concreción por su temprana organización sociopolítica y peculiar desarrollo histórico. En la base del liberalismo “estaba el principio de que la libertad de pensamiento es el sistema de condiciones necesaria de la dignidad humana: el estado liberal sometido a un orden jurídico”.

En esta línea, Chile envió a Tacna y Arica selectos ciudadanos para el buen cumplimiento de sus objetivos.

Progreso económico y social y libertad política, fueron los pilares básicos que tipificaron la modernidad del estilo de conducta que Chile plasmó en Arica. Fueron el motor y nervio que explican el asentamiento costero y los motivos por los cuales resultó fácil consolidar en un plazo relativamente breve, entre 1880 y 1929 su asentamiento en esta región.

En el censo que se realizó en el mes de noviembre de 1885, el departamento de Arica tenía un total de 9.245 habitantes; el departamento de Tacna, por su parte, estaba habitado por 20.286 personas.

En 1885, el Registro Civil anotó 133 nacimientos, 9 matrimonios y 201 defunciones. Al Hospital, en el mismo año, había ingresado un total de 684 enfermos.

En 1884, la Honorable Junta de la Beneficencia encabezada por don Rogelio Villalobos, solicitó la organización de los servicios de beneficencia en el departamento y los presupuestos del caso para el buen funcionamiento del Hospital y del Cementerio.

En 1885, con el objetivo de prestar una óptima administración y buen servicio, el gobierno chileno nombró administrador del Hospital San Juan de Dios al señor Carlos J. Serra e implementó los cargos de ecónomo, boticario, sirviente primero, cocinero y otros en el nosocomio local.

Este año 1885, el Gobierno peruano había declarado a Mollendo puerto de libre internación, dejando a Arica en una situación muy desfavorable. El Intendente creía que, para paliar los efectos negativos que presentaba esta nueva situación, era necesario abrir fáciles vías de comunicación con Bolivia. Con este objetivo, y con autorización del Gobierno de Chile, una empresa particular había “dado principio en Arica a los trabajos preliminares de un camino carretero que partirá de ese puerto para llegar a la frontera boliviana, dando de paso cómoda salida a la costa a los productos de los minerales de Choquelimpie, Turuquiri, Carangas y otros”.

En 1887, la ciudad tenía sólo dos escuelas, una de hombres y otra de niñas, contando ambas con una matrícula total de 204 educandos y una asistencia promedio de 106.39 El edificio del mercado era bueno y había abundancia de mercaderías. Un periodista se refería, en 1886, a la bullanguera actividad que tenía “en las primeras horas de la mañana, en las que numerosos burros impiden el tránsito a las entradas

del mercado, cuyos conductores o dueños forman una zalagarda de los demonios”. Protesta porque ve “a las vendedoras de pescado, a muchas recauderas expendiendo sus peces y mariscos y verduras, tendidos en el suelo y ellas mismas sentadas en él, como los salvajes, todas desgrefñadas, sucias y envueltas en el eterno pañuelón o tapa mugre”. Propone modificar todo el entorno, para procurar un buen golpe de vista y evitar las enfermedades. Para esto, dice, se debe “renovar con frecuencia el agua de la taza de la pila; barrer con más repetición; y digamos lo más importante, recomendar a quien corresponda impida vender carne enferma, fruta verde y verduras pasadas”.

La fuerza policial urbana con la que contaba Arica en 1887 estaba conformada por un jefe, un oficial, tres clases y trece soldados.

En Arica había tres médicos y dos boticas. La recreación la proporcionaban las retretas ofrecidas por la banda de un regimiento, que viajaba desde Tacna. Un periodista se lamentaba, porque cuando la banda se iba de Arica, se vuelve “a las visitas, los cafés, con el consabido cachito, los paseos solitarios y sin rumbo”. Sin embargo, también había un pequeño teatro, donde se hacían, aunque muy a lo lejos, breves presentaciones líricas o números acrobáticos.

La ciudad estaba unida a Tacna por medio del telégrafo, con una longitud de alambre de 62.160 metros. La oficina telegráfica tenía un empleado y dos aparatos.

El 23 de agosto de 1888 se reunió un grupo de vecinos con la finalidad de constituir un club de Tiro al Blanco, pero, con el entusiasmo del mismo encuentro, fue surgiendo la idea de establecer algo de mucha más trascendencia y se acordó, en ese mismo momento, fundar un club social al que se dio el nombre de Club Arica. El 25 de julio de 1889, al darse lectura a la primera memoria del período transcurrido en actividad, se dejó establecido que el objetivo del Club Arica era “reunirnos en un centro social que hiciera más liviana la residencia en este puerto, particularmente para aquellos que no tienen sus familias”. Se obtuvo en arriendo, por dos años, una casa propiedad del vecino J. Sangnini, y la sede fue inaugurada el 14 de octubre de 1888, día que se fijó como la fecha de fundación de la institución. Firmaron como fundadores 104 socios. Un año más tarde, el Club Arica contará con un salón de lectura de diarios, un salón de recibo y se habrá adquirido un piano para amenizar los encuentros sociales. Lo preside por entonces don Emilio Larrea.

La actividad popular que concitaba la mayor atención era “la fiesta de ‘bandos’ de carnavales, que tenía lugar la noche de la víspera”, en el mes de febrero, ocasión en la que se reunía “numeroso concurso de pueblo” recorriendo las calles de la ciudad “en medio del mayor entusiasmo”.

A fines de los 80, algunas veredas estaban enmaderadas, pero su estado ameritaba los esfuerzos que hacía la municipalidad para repararlas. Junto con esto, se colectaba fondos en el vecindario para empedrar el contorno de la plaza.

Por esa misma época, aunque había pozos en algunos lugares de la ciudad, como el que existía en la esquina de la calle de San Marcos con La Matriz, que tenía una bomba, el agua era distribuida en carretones y las aguas servidas eran sacadas de las casas por personas de origen chino, que cobraban por este servicio a veces más caro que por el agua que se bebía.

Las autoridades chilenas mantuvieron una atención preferente por los asuntos de salud que enfrentaron durante el proceso de asentamiento en la ciudad, dado que las condiciones permanentes de insalubridad constituían un grave riesgo para la población e impedían su crecimiento demográfico. De allí que las autoridades locales implementaran un conjunto de medidas tendientes a paliar tal situación.

El hospital “San Juan de Dios” de Arica llevaba muchos años sin terminarse. A mediados de 1889, se decía que “de las cuatro salas para enfermos con que cuenta el Hospital, sólo existe una concluida y en habitación, la destinada a hombres”. Ésta contaba con ochenta y cuatro camas. Por su parte, “la sala de mujeres no se ha habilitado por faltar el enmaderamiento de los ventiladores y los vidrios de éstos y de las ventanas”. Las enfermas ocupaban “tres pequeñas estancias, divisiones de ese departamento, que carecen de luz y aire suficiente”. A pesar de estas faltas materiales, “la alimentación, medicinas y cuidados de los enfermos no dejan nada que desear. Se les atiende con esmero y se les suministra hasta vino cuando el facultativo lo prescribe”.

En mayo de 1889, se trabajaba activamente en la construcción de un parque en la ciudad, en el terreno comprendido entre el Morro al Sur, “la plaza y baños de Moravito al Oeste y caseríos de la población al Norte y al Este”. Sin embargo, en septiembre de 1891, todavía seguía considerándose que la Plaza de Armas, era el paseo más hermoso de la ciudad de Arica.

En 1889, don Nicasio Ruiz de Olavarría es designado por el gobierno de Chile, en el cargo de primer alcalde de Arica. “La Ley de 31 de octubre de 1884 que creó la provincia de Tacna, sustituyendo el régimen legal de estado de Asamblea que imperaba en este territorio desde su ocupación por las armas chilenas, estableció que para la administración local de los departamentos de Tacna y Arica, el Presidente nombraría una comisión de tres individuos que con el nombre de alcaldes, constituyesen una corporación o cabildo, que debería sujetarse en todos sus actos a las prescripciones de la Ley Municipal, debiendo esos alcaldes durar en sus funciones por tres años”.

En 1890, el gobierno nombra la nueva Junta de Alcaldes de Arica, por un período constitucional de dos años. La integran Nicasio Ruiz de Olavarría, Carlos Wegelin y Antonio Mancilla Barazarte.

El 14 de marzo de 1890 fue inaugurado el nuevo local de la Sociedad de Beneficencia Italiana. “El edificio es de dos pisos, está situado en la calle del ‘2 de mayo’, esquina de la de ‘Arias’. Lo preside Domingo Pescetto, un vecino que había vuelto a la vida después de haber sido declarado muerto. En efecto, como inmigrante italiano había llegado siendo un apuesto joven a esta ciudad y en medio de una epidemia de fiebre amarilla se le consideró fallecido por lo que se le puso junto a otros cuerpos inertes para ser enterrado en una fosa común en Azapa. Para suerte de él, una joven mujer se fijó que presentaba algunos movimientos musculares y lo rescató de entre los cadáveres que estaban a su lado, lo llevó a su casa, lo cuidó y lo atendió hasta lograr su recuperación total. Y la feliz historia ítalo-azapeña terminó en el altar. Esta institución, así como la Sociedad de Beneficencia Peruana hacían muchas obras de bien para la comunidad.

En el mes de julio de 1890, la ciudad de Arica se vistió de luto y solemnidad para rendir homenaje a los restos de los héroes, caídos en su defensa, en 1880. El gobierno peruano había dispuesto que sus mortales despojos fuesen trasladados a Lima. Para estos efectos marchó una nave de guerra peruana, con la escolta de una similar chilena, hacia el puerto de Arica, para rendir honores militares y cumplir con lo dispuesto por el Gobierno.

Pocos días más tarde, una huelga del gremio de jornaleros y lancheros sumió a la ciudad en el desorden. Grupos exaltados recorrían sus calles normalmente apacibles, exigiendo derechos que por justicia les correspondía, como, por ejemplo, el pago de sus salarios en dinero. Al cabo de varios días, y tras la agresión que sufrió en manos de

sus representados, el comandante del Gremio, se dispuso una carga a la bayoneta que terminó con varios jornaleros heridos que fueron atendidos en el hospital. De vuelta la calma a la ciudad, se dispuso el alejamiento del mencionado comandante, que viajó al sur.

En esta época se produce una feliz circunstancia que relaciona a la Masonería con el Hospital San Juan de Dios. Como se puede constatar en las publicaciones de los diarios locales, los Talleres Masónicos realizan una serie de actividades de caridad y solidaridad que benefician a la ciudad en general y al Hospital en particular.

Hacia 1898, en el puerto de Arica existían dos Logias constituidas bajo la autoridad masónica peruana: la ‘Morro de Arica’ N°12, dependiente del Supremo Consejo del Grado 33° para el Perú; y la ‘Fraternidad Universal’ N°20, bajo la obediencia de la Gran Logia de Perú. El primero de estos talleres había sido establecido antes de la ocupación chilena y sus componentes “eran los más intelectuales y acaudalados vecinos”; algunos de sus componentes estimaron de conveniencia congregarse en un segundo Taller. Lo que dio origen de la Logia ‘Fraternidad Universal’ N°20, fundada el 16 de marzo de 1886. El diario El Morro de Arica publica lo siguiente:

“El 24 del actual una comisión de la Sociedad de Señoras, presidida por la presidente de esta humanitaria institución, señora Virginia S. Soza, se constituyó en el hospital y socorrió con limosnas pecuniarias y prendas de ropa a todos los enfermos que gimen en el lecho del dolor en dicho establecimiento.”

“Idéntica cosa sabemos que hizo ese día una institución de la localidad, la que obsequió además a los enfermos con una excelente comida”.

El hermano masón José María Novoa, en el curso de 1886, como coronel a cargo del regimiento N°2 de Artillería, acantonado en Arica, había hecho construir un carro mortuario que era facilitado gratuitamente a las familias que lo necesitaran para transportar a sus difuntos hasta el cementerio, cosa que hasta ese entonces se hacía llevando el ataúd sobre los hombros.

En febrero de 1887, el hermano José María Novoa hizo donación de este carro mortuario a la Logia “Fraternidad Universal”, puesto que él y su regimiento abandonaban la ciudad.

El Taller Masónico publicó el siguiente aviso en la prensa local:

“Aviso importante.- La Logia Masónica residente en Arica pone desde hoy a disposición del público el carro mortuorio que se construyó en el cuartel de Regimiento Núm. 2 de Artillería, y que ha sido obsequiado a dicha Logia por el Coronel don J. M. 2º Novoa.”

“A todas las personas que soliciten el mencionado carro, les será facilitado gratuitamente a la hora que lo exijan, a cuyo efecto se servirán dirigirse personalmente a alguno de los siguientes señores: Carlos J. Serra, Emilio Belcke, Carlos Nugent, Enrique Ward o bien a cualquiera otro miembro de la institución”.

Por esos días, una epidemia de cólera azotaba la zona central de Chile y se temía que sus efectos llegaran hasta Arica. Ante este temor, la ciudadanía buscó organizarse y La Sociedad de Beneficencia Italiana, La Sociedad de Beneficencia Peruana y La Logia Masónica, convocaron a una reunión a la ciudadanía, para el día 6 de marzo, en el Teatro, con la finalidad de debatir sobre las mejores medidas a tomar ante la emergencia sanitaria. Por diversas circunstancias, sin embargo, aunque se logró reunir a cien personas, el encuentro no pudo realizarse por no poder disponer del lugar al que se había citado.

Ante este inconveniente, las organizaciones mencionadas citaron, por medio de una esquela, a una nueva reunión para el día 17 de marzo, a celebrarse en “el local de La Logia”, para arbitrar los medios de combatir la epidemia de cólera.

El gobierno local nombró una Junta Departamento de Salubridad para enfrentar la amenaza de la propagación de la enfermedad. Algunos masones integraron las comisiones nombradas para la emergencia, como Cayetano Peralta, en calidad de practicante de una de las comisiones de servicio sanitario. El Venerable Maestro Serra, por su parte, formó el presupuesto que serviría para la adquisición de camas, ropas y útiles que se necesitarían para el lazareto que se planificaba levantar.

Felizmente, el cólera no llegó a la región.

Poco más tarde, Chile se enfrentará en la guerra civil de 1891, lo que también tuvo consecuencias - aunque menores - para Arica. Se ordenó el cierre del periódico “El Morro de Arica” en el mes de marzo y permaneció así hasta octubre. En el mes de abril,

la ciudad fue tomada por las armas constitucionales y algunos funcionarios de gobierno, como el Tesorero Municipal, fueron desterrados a Mollendo.

El 25 de octubre de 1891 un grupo de marineros de la Capitanía y del Resguardo tuvo la feliz idea de crear una institución de ayuda mutua, lo que dio origen a la Sociedad Chilena de Auxilios Mutuos “La Unión”. A la reunión preparatoria concurrió un total de 32 chilenos, pero dos semanas más tarde ya se citaba a la primera Junta general de la sociedad en la que distribuirían los estatutos.

Para la Fiesta de San Juan Bautista que la Logia Fraternidad Universal celebraría el 24 de Junio de 1894, invitó a diversas Corporaciones y representantes de Sociedades benéficas.

En esa Tenida, “se acordó que el 24 del presente, día del Patriarca, se haría una visita en cuerpo al Hospital San Juan de Dios, único establecimiento de Beneficencia en este puerto y distribuir entre los enfermos que se hallaren, en ese día, el Saco de Pobres”. Según se expresara en el acta del 24 de junio, se “efectuó en Corporación la visita al Hospital, invirtiéndose la suma de diez pesos en hacer un pequeño obsequio a los ocho enfermos que habían en aquel establecimiento”.

Pocas semanas antes de las elecciones masónicas de 1896, ya se sabía que el doctor Ruiz de Olavarría tendría que dejar la ciudad pues tenía que volver al sur de Chile. La Sociedad Unión Chilena de Socorros Mutuos, de la que este hermano era socio honorario, le dio el domingo 28 de junio un banquete de despedida “al que concurrió lo más granado de la “colonia chilena” y las autoridades de este departamento”. El día 5 de julio de 1896 el doctor Ruiz de Olavarría y su familia dejaron Arica. Había estado por casi diez años en la ciudad, haciéndose conocido por su generosidad y su filantropía, atendiendo gratuitamente a la gente pobre. Se iba a Ancud, donde había sido nombrado médico de la colonia de Chiloé, por ello renunció a su puesto el 24 de junio.

Durante el primer semestre de 1900, Arica y Tacna comenzaron a vivir un proceso de “chilenización” forzoso. El gobierno de Chile, ante la nueva situación que vivían las negociaciones con el gobierno del Perú, que no nos corresponde tratar en este libro, inició una intensa campaña para incorporar administrativa y culturalmente a la provincia, cuyos habitantes se sentían peruanos y hacían gala de su patriotismo en toda ocasión.

En la memoria que el director del Colegio Peruano de Arica, Oswaldo Zeballos Ortiz, había leído el 23 de diciembre de 1899, consigna: “este mes de julio de 1900 fue el más triste para la ciudad, porque el Gobernador de Arica, Manuel Montt M. hermano del candidato a la presidencia de Chile, Pedro Montt, negó su autorización para celebrar el aniversario patrio del Perú, cuyo programa había organizado, como en todos los años anteriores, la Sociedad Peruana de Beneficencia.”

En el mes siguiente, El diario local El Morro de Arica decía que:

“La chilenización ha comenzado también por lo eclesiástico; pues ya tenemos en la ciudad, cura castrense que dice misas al aire libre, y que se preocupa en hacer venir de Santiago un sacerdote para el Hospital de este puerto.”

“Han llegado veintitantos individuos de nacionalidad chilena, algunos de ellos acompañados de sus familias, en el vapor Chile de ayer.”

Al comenzar el siglo XX, la ciudad limita al norte con la calle de La Pampa, hoy Bernardo O'Higgins, por el este por la calle Castilla, hoy José de San Martín. Los cultivos de las Chimbas se inician a la altura de la calle Atahualpa, hoy Maipú. El muelle para embarcar agua se encuentra a la orilla del mar entre las calles Atahualpa y Alameda. La plaza Colón está a un costado del Morro y sus faroles funcionan con gas de acetileno. Se construyó un templete para las bandas de músicos que animan las retretas. La incorporación de la energía eléctrica se logra por el esfuerzo del agricultor e industrial, señor Julio Fuenzalida R. quien establece un contrato con la Municipalidad, instalando una planta generadora en un edificio de dos pisos ubicado en 18 de Septiembre esquina Colón.

El gobierno de Chile, en los primeros meses de 1900, ordenó la clausura de todas las escuelas peruanas de Tacna y Arica, y el traslado de la Corte de Apelaciones, de la Zona Militar y de unos batallones de Iquique a Tacna. El 7 de mayo, fondearon en Arica los buques de la armada chilena “Almirante Cochrane” y torpedera “Mutilla” cuya dotación haría ejercicios militares y permanecería en el puerto durante el invierno. En el mes de junio, comenzaron a llegar los útiles y muebles conducidos por el transporte “Casma”, “para las escuelas que el gobierno de Chile ha fundado en esta provincia, una gran parte ha quedado en este puerto para ser distribuidos en las que funcionarán en este Departamento”.

La nueva situación administrativa que vivía Arica, producto de la decisión chilena de tener mayor presencia en ella, se vio reflejada en las mejoras que se esperaba que fueran introducidas en la ciudad. Hasta pocos meses antes se protestaba por el casi inexistente camino que llevaba al cementerio, el mal estado de las aceras que habían sido reparadas con malos materiales, el desaseo del mercado y las casi deshechas lonas que cubrían los puestos en los que se vendían los comestibles. Ahora, esperanzado, el periodista decía:

“Entre los varios trabajos que se llevarán a cabo antes de mucho, en esta ciudad, figura de los primeros, la implantación de los servicios”.

El 1º de marzo de 1901, entretanto, comenzaron a funcionar las dos escuelas públicas establecidas por el gobierno de Chile. Ese mismo mes, se introdujeron mejoras en el Hospital, cambiando la antigua puerta de entrada por otra más sólida y elegante, manteniendo en muy buena forma los jardines del amplio corredor y planificando cambiar la pared fronteriza por una gran verja de hierro.

“Las salas de enfermos están convenientemente amuebladas; el servicio de dispensaría encomendado a una de las monjas, se hace con regularidad y presta positivos servicios a la clase menesterosa”.

El 1º de junio de 1901 Arica vio abrir las puertas al primer Banco que se establecía en la ciudad, la sucursal del Banco Mercantil, de Tacna. Se afirmaba, con razón, que “nuestro comercio ganará mucho con la apertura de la oficina bancaria que nos ocupa; pues no tendrá ya que recurrir a Tacna por giros sobre Europa o la costa, toda vez que aquí podrá obtenerlos con las mismas ventajas que en la misma ciudad”.

La Municipalidad, por su parte, había encargado a Chile “dos carretones de capacidad de 500 litros cada uno para surtir de agua a la población”. Esto contrastaba, sin embargo, con las dificultades que se continuaba teniendo para la extracción de aguas servidas, servicio que era prestado por un solo carretón y que muchas veces hacía la recolección únicamente una vez a la semana.

En octubre de 1901, se formó el club deportivo “The Arica Football Club”, presidido por E. Lizardo Belaunde.

“El lugar donde practican sus ejercicios los jóvenes de la sociedad que nos ocupa, es en el área que queda frente al hospital, que abarca más de una manzana cuadrada”.

La autoridad chilena determinó el cambio de los nombres de las calles de Arica y que se han mantenido hasta nuestros días. La equivalencia es la siguiente:

Del Telégrafo = Arturo Prat.
Arias = Bolognesi.
Del Colegio = Cristóbal Colón
Chucuito = Sangra.
La Matriz = Manuel Baquedano
Bidaubique = Patricio Lynch
Zapata = General Pedro Lagos
Prado = Manuel Blanco Encalada
Mariscal Castilla = Juan José San Martín
Ayacucho = Yungay
7 de enero = 7 de junio
San Marcos = San Marcos
28 de julio = Rafael Sotomayor
2 de mayo = 21 de mayo
Provisiones = Manuel Thomson
Alameda = 18 de septiembre
Atahualpa = Maipú
La pampa = Bernardo O’Higgins
Bayoneta = Manuel Rodríguez

Pocos días más tarde la alarma se hacía sentir en Arica, porque la peste bubónica mataba gente en Valparaíso e Iquique y en algunas ciudades de la costa peruana. Frente a esta amenaza sanitaria, el Gobernador citó a un grupo de vecinos. Ante ellos, el médico de ciudad recomendó “la adquisición de desinfectantes, de que se carece en lo absoluto, exterminar las ratas que tanto abundan en el mercado y en la playa, construir un Lazareto y, finalmente, el nombramiento de comisiones que se encarguen de practicar visitas domiciliarias en la ciudad, no obstante de que las están practicando también empleados de la Policía de Seguridad”.

El Gobernador respondió que La Municipalidad carecía de fondos para esta

emergencia, toda vez que se le había reducido sus ingresos en un tercio al quitársele los impuestos que pagaban las empresas mineras, y que sería necesario recurrir a la caridad del vecindario. Fueron nombradas distintas personas para recolectar dinero, se decidió construir un Lazareto con muros de adobe y, además, “se ordenó al señor Fuentes que ponga en servicio dos carretones para el servicio de aguas excluidas”.

Como desde hacía varias semanas se presentaba en Arica una empresa itinerante de corridas de toros, se ofreció la función del domingo en beneficio de la construcción del Lazareto.

A fines de enero de 1903, la Municipalidad de Arica decidió suspender el servicio de retiro de aguas servidas desde los domicilios, aduciendo problemas económicos. Esto provocó reacciones adversas, pues se estaba conciente de que la costumbre de los vecinos de vaciar estas aguas a las calles se incrementaría, con el consiguiente problema sanitario. La opinión pública logró provocar la reacción del municipio, que el 31 de enero de 1903 anunció en la prensa que había suspendido la extracción, pero que estaba dispuesta a facilitar sus carretones y estanques, si es que alguna empresa particular decidía hacerse cargo de la tarea. Agregaba que “este servicio continuará sin interrupción haciéndose por cuenta de la Municipalidad mientras un contratista o empresario particular lo tome a su cargo”.

De acuerdo a la información que proporcionaba el Registro Civil de Arica, el año 1904, la ciudad tuvo 20 matrimonios, 159 nacimientos y 212 defunciones.

El año 1905 llega a la ciudad el Dr. Conrado Ríos Venegas, oriundo de San Felipe y titulado en la Universidad de Chile en 1881, dedicándose a la Higiene Pública de la ciudad al ser nombrado médico jefe de la Estación Sanitaria, cuyo edificio de dos pisos de construcción sólida, estaba ubicado en calle Colón, esquina de Andrés Bello, a 33 metros sobre el nivel del mar, con un piso alto, bodega subterránea y dos patios inferiores. La provisión de agua estaba dada por un pozo dotado de un poderoso molino que la extraía por energía eólica, almacenándola en voluminosos estanques. Su función consistía en la administración y control sanitario internacional de viajeros que ingresaban al país, ejerciendo su actividad especialmente en el control marítimo. El Gobierno envió al puerto un pontón para que sirviese de lazareto flotante, en atención a los numerosos casos de viruela que se presentaban en la zona. Una lancha con sistema Clayton que originalmente estaba destinada para extinguir incendios, se adaptó para la desinfección y destrucción

de parásitos en los barcos que atracaban en el puerto; esta lancha era operada por funcionarios de la Estación Sanitaria, lo mismo que unos vehículos terrestres con los cuales se aplicaba la desinfección en tierra, en procura de un mejor estado higiénico para la población de Arica. Entre los años 1905 y 1922, fueron tratados 3.170 barcos, 387.04 tripulantes y 138.404 pasajeros.

La preocupación sanitaria se evidenció también con la adquisición en Los Estados Unidos de Norteamérica de una ambulancia terrestre, vehículo de cuatro ruedas, tirado por dos caballos destinado al transporte de los enfermos y que era desinfectada continuamente para evitar transmitir contagios.

El Dr. Conrado Ríos, establece también un registro estadístico de las pestes más frecuentes que presentaba una población de 7.000 habitantes.

Año	Paludismo	Tuberculosis	Peste bubónica
1906	405	65	12
1907	518	43	35
1908	455	50	43
1909	1239	41	50
1910	544	56	38

Las autoridades sanitarias continuaron con su duro combate contra las plagas, por lo que se inició una campaña antimalárica y se construyó un Lazareto que fue inaugurado en 1907 a la salida de la ciudad en la pampa que quedaba desde el hospital y la cancha de fútbol de la Beneficencia hacia el oriente, en lo que es hoy día la calle 18 de Septiembre esquina Lautaro y que fue destinado a recibir y aislar de la población a los enfermos infectocontagiosos de viruela, fiebre amarilla, peste bubónica y otras, especialmente a los que llegaban en barco. Estaba situado a 23 metros sobre el nivel del mar y circunvalado por mallas de alambre de 1,40 metros de alto. Al frente del local había una garita de dos pisos para el control de los transeúntes, especialmente los que iban y venían del valle de Azapa.

El antiguo hospital San Juan de Dios ubicado en la calle de La Matriz (Baquedano) entre 28 de Julio (Sotomayor) y 2 de Mayo (21 de Mayo), quedó muy deteriorado por los movimientos telúricos, por lo que el Presidente de la Junta de Beneficencia, don Arturo Gallo adquirió unos terrenos en la pampa frente a los es hoy día Vicuña Mackena donde

se construyó un nuevo hospital cuya fachada y entrada principal cerrada con un gran portón daba a unos hermosos jardines, con una gruta de la virgen de Lourdes. En el fondo estaban los pabellones de hospitalizaciones, largos y altos al estilo francés, con camas por ambos lados y con la imagen de un Santo en un pequeño altar al fondo de la sala. Eran tres pabellones de 36 metros de largo por 12 de ancho que daban cabida en total a 100 camas. Tales pabellones, al igual que el resto del edificio, estaban cubiertos por techos planos, formados por una mezcla de barro y paja que llamaban torta.

El presupuesto anual era de \$ 54.580, atendiéndose en 1917 a 908 enfermos. El costo diario de la atención se estableció en \$ 1,94 por persona hospitalizada, lo que contrastaba con el costo diario de \$ 4 por paciente en los hospitales de Santiago. Tan precaria era la situación económica que los funcionarios del hospital notaron que la Virgen de Lourdes que estaba en el patio comenzó a llorar. Esto provocó una gran agitación pues se pensaba que era un milagro; sin embargo al examinar la imagen se pudo comprobar que no sólo había lágrimas en sus ojos, sino que todo el cuerpo del estatua estaba húmedo y que la causa era una vertiente de agua dulce que apareció en el suelo donde estaba implantada la gruta, por lo que se la trasladó a otro lugar seco y se aprovechó la vertiente para instalar un pozo que dotó de agua propia al hospital.

Al lado de la entrada se levantó una pequeña capilla de madera con hermosos murales pintados en sus paredes. Las religiosas italianas de la Orden de Santa Ana que habían llegado a Arica a comienzos de 1879, se incorporaron al hospital en el año 1900 desarrollando, aparte de su función de asistencia espiritual, labores de control administrativo en lavandería y cocina.

En 1909 el Sr. Vicente Dagnino publica su obra histórica, “El Corregimiento de Arica, 1535 – 1784.” con un tiraje de mil ejemplares, ofreciendo como donación a la Honorable Junta de Beneficencia, 900 libros que al precio de \$ 12 cada ejemplar darían un recaudación de \$ 10.800 que debía ser repartido por mitades iguales a las arcas de los hospitales de Arica y Tacna.

Dadas las circunstancias ambientales las Autoridades determinaron que el mayor problema sanitario de la provincia de Arica era la Malaria, el mal aire, como lo denominaban los antiguos, o Paludismo, del latín “paludus”, pantano, que era el medio ambiente propicio para el desarrollo del mosquito anopheles donde se mantenía la endemia que afectaba a la población en un alto porcentaje de enfermos maláricos, como

lo consigna la estadística de la época: Arica y el Valle de Azapa, 70%; Valle de Lluta, 61%; Quebrada de Vitor, 73%; Quebrada de Camarones 71%.

Por esos días, las ciudades y alrededores de Tacna y Arica estaban en posesión de Chile y la línea limítrofe entre Perú y nuestro país era el río Sama que corre en medio de su valle, 20 kilómetros al norte de Tacna, tocando el mar a la altura del paralelo 18° S. La provincia de Tacna contaba en total con 40.474 habitantes y estaba constituida por los departamentos de Tacna, la capital, con 9.149 habitantes y Arica con 4.886 que se distribuían en 70 manzanas que abarcaban en su ancho desde la Chimba hasta el Morro. En este puerto había dos estaciones de ferrocarril, una que la comunica con Tacna desde 1854 y la otra con La Paz, inaugurada en 1913.

En la ciudad de Tacna el Ejército mantenía la Segunda Guarnición militar formada por un Regimiento de infantería, el Rancagua; uno de artillería, el Velásquez y uno de caballería, el Lanceros. Las fuerzas de orden estaban a cargo de un cuerpo llamado Policía de Fronteras, del que habría de nacer posteriormente, el Cuerpo de Carabineros de Chile. Este conjunto de fuerzas militares formaban la Brigada Combinada al mando del general Fernández Pradel.

En el departamento de Arica el Rol Administrativo era el siguiente:

Gobernador: Rafael Pizarro Argandaña.

Secretario: Gonzalo De la Barra.

Gobernador Marítimo: Rodolfo Turene.

Comandante del Regimiento: Tte. Coronel Rafael Pizarro. Ayudante Rodolfo Villalón.

Cirujano Militar: Dr. Carlos Saavedra.

Junta de Beneficencia pública:

Presidente: Rafael Pizarro A. (Tte. Coronel)

Administrador del Hospital: Germán Brain.

Médico del Hospital: Dr. Tomás Aravena.

Vacunador: Alejandro Fierro.

La ciudad contaba con otro médico, el Dr. Marcos Ávila, un Cirujano Dentista, Víctor Seguel y dos Farmacéuticos, don Carlos Camusio, con su Botica ubicada en la calle 2 de Mayo 314 (21 de Mayo) y Daniel Copaja en 28 de Julio 307 (Sotomayor). Estaba

también la Maestranza de Ricardo Tossi, ubicada en Colón 337 y el Diario El Ferrocarril, en 28 de Julio 154.

En 1928 por jubilación por edad del Dr. Tomás Aravena, se hizo cargo del Hospital el Dr. Carlos Morales San Martín, como único médico titular, desplegando sus habilidades como cirujano.

Dado que de acuerdo al Tratado de Ancón debía realizarse un plebiscito entre la población de estas provincias para determinar su pertenencia futura, el riesgo de que los participantes y los observadores extranjeros del proceso y especialmente de los norteamericanos, que con el General Pershing a la cabeza garantizaban la regularidad y la validez del proceso, se constituyó la Comisión Sanitaria Plebiscitaria, dirigida por el Dr. Hugo Lea-Plaza, el abogado y notario Salvador Allende Castro, hijo del Dr. Ramón Allende Padín y padre de Allende Gossens, y don Galvarino Gallardo Nieto, quienes a su vez crearon una subcomisión antimalárica cuya dirección se entregó al Dr. Juan Noé Crevani. En su viaje al norte, el sabio italiano se hizo acompañar de sus jóvenes ayudantes del último año de la carrera de Medicina, René García Valenzuela y Miguel Massa Sassi. Luego de una entrevista con el Intendente de la Región, don Luís Barceló Lira, se dio inicio a la Campaña antimalárica en 1924 en el valle del río Sama, en el cual nuestro país tenía instalados los retenes de la policía de fronteras en los poblados de Sama, Sama Grande, Yalata y en Tomasiri, donde estaba el retén principal a cargo del Teniente Ezequiel Aliaga Cornejo, y la oficina de Aduana. Los retenes se caracterizaban por su limpieza, orden y funcionalismo y por la calidad profesional de sus ocupantes de diferentes grados, sujetos a una disciplina que daba toda suerte de seguridades para la vigilancia de la línea fronteriza.

La resonancia que había causado la campaña antimalárica en el norte del país, fue motivo para la construcción de un pequeño hospital en el villorrio de Tomasiri por la firma Franke Jullian, la misma que había construido el hotel Pacífico en Arica. La inauguración del pequeño “Hospital Juan Noé de Tomasiri”, fue muy promovida por las autoridades de la época, extendiendo invitación a un número importante de personas de Tacna y Arica, lo que hacía necesaria la consideración de la ausencia de servicios higiénicos para el uso de las ilustres visitas, especialmente las del sexo femenino. Fue así como una sala del Reten de Carabineros de Yalata, donde se proyectaba un refrigerio, fue tapizado con una gruesa capa de aserrín sobre la cual se instalaron los recipientes donde las damas asistentes podían evacuar sus aguas. Como modo preventivo de la malaria a

todos los invitados se les hizo ingerir el “aperitivo Yalata” que contenía quinina y azul de metileno y que se elimina por vía renal, por lo que las señoras y señoritas asistentes se sintieron espantadas cuando fueron al servicio higiénico y constataron que su orina era de color azul.

El pequeño hospital Juan Noé de Tomasiri sirvió como unidad de emergencia para los pacientes maláricos de la población que vivía en el valle del río Sama. Luego los pacientes más graves o los uniformados infectados eran trasladados al hospital San Ramón de Tacna para ser atendidos en la sala San Rafael, cuyas 20 camas estaban a cargo del Interno René García Valenzuela que ejercía funciones de médico de cabecera. Se construyó una sala adjunta en la que se instaló el laboratorio de la Comisión antimalárica para efectuar exámenes de sangre a fresco que permitiera la identificación del parásito.

La Campaña Primavera consistió en la administración a toda la población que habitaba el margen sur del río Sama, de una dosis terapéutica de quinina a la que el Dr. Noé enriqueció con una fórmula llamada Esanofele, cuyo contenido era Sulfato de quinina 15 cg., Citrato de hierro amoniacal 3 mg., Acido arsenioso 1 mg., más extracto de genciana y ruibarbo en cantidad suficiente para una pastilla.

Cuando se inició obligatoriamente esta medicación no faltaron las suspicacias que hicieron correr el rumor que los chilenos iban a envenenar a la población peruana para ganar el plebiscito, lo cual era un inconveniente para el éxito de la campaña. Este gran obstáculo fue enfrentado por el Teniente Aliaga con su reconocida hombría, disciplina y vocación de servicio. Personalmente recorría los pequeños poblados y reunía en un punto a todos los habitantes a un toque de corneta. Elegía entonces al más representativo de la comunidad y le pedía elegir al azar, de un canasto lleno de píldoras, la que más le acomodara y se la echara en su boca, luego le pedía al resto de la población a hacer lo propio. Este procedimiento lo repetía ritualmente en cada poblado, lo que hacía que ingeriera 3 o 4 mg. de ácido arsenioso al día. Cuando el Dr. Noé se enteró que el éxito de la campaña se debía a la gran cantidad de pastillas que había ingerido el Teniente Aliaga, le preguntó si había notado algún efecto adverso. El oficial de Carabineros resumió el priapismo que el efecto afrodisíaco del ácido arsenioso le producía, con estas palabras: “noto... que se me hincha mucho la madera”. El italiano Noé estuvo varios días tratando de entender que tenía que ver la xilografía con la campaña antimalárica.

Con la experiencia adquirida en esta primera campaña se organizó el trabajo epidemiológico en la región de Arica, abarcando los casos de malaria en la ciudad. Esta etapa estuvo a cargo de los Drs. Eduardo Bello, René García Valenzuela y Miguel Massa Sassi entre 1925 y 1927 y se limitó exclusivamente a la ciudad. René García Valenzuela fue afectado por una tuberculosis pulmonar que produjo una caverna que generaba hemoptisis por lo que fue trasladado al centro del país por vía marítima, que era el único medio de comunicación que existía en esa época. Fue internado en el Sanatorio Laenec de Puente Alto y sometido al único tratamiento conocido: clima de montaña, sobrealimentación, reposo en sillas de playa 8 horas diarias recibiendo el sol en amplias terrazas y cloruro de calcio.

En 1929 se extendió la campaña a los valles de Lluta y Azapa a cargo de los Drs. Ramón Páez y René García Valenzuela, bajo la supervisión del Dr. Noé, estableciéndose como centro de operaciones el Hospital San Juan de Dios ya ubicado en la calle Arturo Gallo, con la calle 21 de Mayo que terminaba en un costado del cerro La Cruz en un fondo de saco sin salida, cerrado por la casa de las monjas de Santa Ana. Todos los registros de esta campaña desaparecieron en el incendio que destruyó la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en 1948.

Estas actividades que coincidieron con la época plebiscitaria fueron los prolegómenos de la gran campaña antimalárica que abarcaría un largo período de ocho años. Como el Plebiscito no se efectuó y Arica, desmembrada de Tacna, quedó definitivamente en poder de Chile, como la provincia más nueva, incorporada a nuestro territorio en agosto de 1929, se vio la necesidad de enfrentar en forma definitiva los problemas sanitarios del extremo norte. Tomando como base toda la experiencia recogida desde 1924, el Dr. Noé elevó al Gobierno Central un informe y programación de una gran campaña, elaborado en conjunto con el Dr. Sótero del Río, Director General de Beneficencia y el Sr. Santiago Labarca, (el cojo Labarca), Administrador de la Caja de Seguro obligatorio.

En enero de 1937, siendo Presidente de la República, Arturo Alessandri Palma, Ministro de Salubridad, el Dr. Eduardo Cruz-Coke y Director General de Sanidad, el Dr. Atilio Macchiavello V. se crea en esta unidad el Departamento de Parasitología, bajo la dirección del Dr. Juan Noé. El Supremo Gobierno decidió emprender una campaña antimalárica definitiva con propósitos de erradicar este flagelo y permitir la colonización de los fértiles valles ariqueños, que presentaba un 70% de su población afectada de paludismo.

En el viejo hospital San Juan de Dios se instaló la Estación Antimalárica cuya primera Jefatura recayó en el Dr. Miguel Massa Sassi, quien asumió dicho cargo y la Dirección del Hospital y fue inaugurada el 24 de julio de 1937 por el Ministro de Relaciones Exteriores, don Juan Ramón Gutiérrez A. con un discurso en que establecía: “El Gobierno no persigue con esta obra la realización de un negocio, sino la regeneración de una comarca que ha sufrido los efectos de un largo olvido”.

El personal del hospital y los ayudantes del Dr. Noé iniciaron desde ese día la lucha más apasionada y enérgica que cabe concebir contra un “mal-aire” que había asolado a la región septentrional desde épocas inmemoriales, y que es “roña que carcome la salud como las termitas la madera”.

La sala Luís Arteaga del Hospital San Juan de Dios con sus 30 camas albergó a los enfermos palúdicos, cuyos ciclos de tercianas o cuartanas eran estudiados en el laboratorio de parasitología a cargo del Dr. Gabriel Gasic en un comienzo y luego por su reemplazante, el Dr. Jacobo Faigenbaum A. estableciéndose el Índice plasmodial de la región. Los enfermos más graves fueron sometidos a cura asaz radicales, como el tratamiento de Ascoli, en base a inyecciones de soluciones débiles de adrenalina por vía intravenosa. El censo de los maláricos era traspasado a fichas y se procedía a cuantificar los individuos con esplenomegalia para obtener el índice esplénico, dándose particular importancia al conocimiento de los índices infantiles, desde los recién nacidos hasta los 5 años de edad.

Desde 1937 a 1941, la campaña antimalárica, a pesar de los recursos económicos insuficientes y del escaso personal disponible, incluyó el extremo septentrional de Arica, constituido por la desembocadura del río San José, la población obrera del Ferrocarril de Arica a la Paz y el Regimiento Rancagua y se extendió desde el borde costero 25 kilómetros hacia el sector bajo del Valle de Azapa hasta Sobraya.

En 1941, por renuncia del Dr. Massa, asumió la jefatura de la Estación antimalárica el Dr. Víctor Bertín Soto, extendiendo la actividad sanitaria al valle de Lluta, situado al norte de Arica. A partir de 1943, el Jefe de la Estación Antimalárica asumió además la Jefatura Sanitaria del Departamento de Arica. La dirección de la Estación quedó a cargo posteriormente en 1946 por el Dr. José Gutiérrez F. y se contó con la colaboración de los doctores René Pinto J. Florencio Pino y Jorge Román P.

La Dirección del Hospital San Juan de Dios fue asumida por el Dr. Roque Elorrieta quien colaboró en forma importante con la Campaña. Igualmente se contó con la generosa colaboración de los funcionarios señores Hernán Albí, Julio Aranda, Juan Adasme, Agustín Astorga, Basilio Araya, Alférez Francisco Collao, Gilberto Cortés, Oscar Cea, Juan Carrasco, Sargento–practicante Ángel Espinoza, Pedro Fajardo, Orlando González, Rómulo Pastori, Abraham Pimstein, Manuel Quiroz, Gabriel Rivera, Samuel Saavedra, Luís M. Silva. También es destacable la abnegación con que atendieron a los enfermos maláricos en el hospital, las religiosas de la Orden de Santa Ana.

Desde 1945 la Malaria fue totalmente erradicada del territorio chileno, siendo nuestro país el primero en el continente americano en cumplir este objetivo y sirvió de base para el acuerdo de la Asamblea Mundial de la Salud, que en 1955 determinó que esa era la misión a cumplir para todos los países con endemia malárica en el orbe. Tan magníficos resultados fueron posibles gracias a la conjunción de esfuerzos de numerosas instituciones y de la comunidad ariqueña, en especial del Hospital de la Beneficencia Pública, del Cuerpo de Carabineros de Chile, del Ejército, la Caja del Seguro Obrero, el Magisterio, la Caja de Colonización Agrícola, la Línea Aérea Nacional, la Cruz Roja, el Rotary Club y la Dirección General de Sanidad.

Entre los años 1927 y 1952 la Dirección del hospital fue ejercida ya no por filántropos de la Junta de Beneficencia sino por los Médicos Tomás Aravena Francini, Miguel Massa Sassi, Carlos Morales San Martín y Roque Elorrieta Ferrari y otros facultativos de breve desempeño o que asumieron suplencias.

En la década de los 40 y hasta 1954 ejerció en Arica el Dr. Abel Garibaldi quien atendía adultos y niños, medicina y cirugía, era médico de familia de numerosos hogares de la zona y desempeñaba sus labores aparte del hospital en el Ejército, Carabineros, Ferrocarril Arica La Paz, Seguro Obrero, sumando en total 25 horas diarias contratadas, lo cual era imposible de cumplir. Cuando se le preguntaba como hacía para ejercer 25 horas médicas en un día de 24 horas cronológicas, respondía: “es que me levanto una hora antes”. La nueva ley del Servicio Nacional de Salud, el Estatuto del Médico funcionario y la Ley del Colegio Médico, regularon los horarios de los doctores, limitándolos a 8 horas diarias, extendiéndolas a 10 horas en aquellos lugares en que no hubiese otros profesionales.

El Departamento de Arica tenía 15.000 habitantes, la calle 18 de Septiembre

continuaba por un costado del hospital y la cancha de fútbol de la Beneficencia, hasta la calle Lautaro donde se encontraba el antiguo Lazareto que se había transformado en el Hogar del Niño y en la Biblioteca Pública Guillermo Garay Urquieta bajo el amparo y la administración de la Logía Masónica Morro de Arica N° 29. Hacia el valle seguía un camino de tierra que se internaba por la pampa.

Se había construido un nuevo hospital en los jardines del antiguo, cuya mole de hormigón armado lucía imponente su frontis por la calle Gallo, con un nuevo nombre “Hospital Dr. Juan Noé,” en homenaje al sabio italiano que había fallecido en 1947. La edificación de la obra estuvo a cargo de la Sociedad Constructora de Establecimientos Hospitalarios, siendo entregada el 3 de octubre de 1952 y recibida por el Dr. Abraham Drobny, Subsecretario de Salud, Previsión y Asistencia Social. La capacidad de las nuevas instalaciones era de 126 camas y contaba con un primer piso en que entrando, a la derecha estaban los boxes de atención del consultorio externo y oficinas de estadística; del pasillo de la izquierda estaba el baño de ingreso para los pacientes y las salas de Radiología, luego se originaban en forma perpendicular y en el siguiente orden las salas de los Servicios de Pensionado, Cirugía y Obstetricia, con dos Pabellones quirúrgicos y uno más pequeño para la colocación de yesos a cuyo costado estaba la sala de esterilización y preparación de material. En el segundo piso estaba la Dirección del hospital, las oficinas administrativas y de Higiene ambiental y los Servicios de Medicina, Bronco-pulmonar y Pediatría, la Farmacia y el Laboratorio. Aunque el nuevo hospital era amplio su dotación era mínima: dos cirujanos, dos médicos generales, dos pediatras y un médico residente, una química farmacéutica, doña Berta Sierra de la Fuente, dos matronas y una visitadora social.

El Pabellón de Cirugía contaba con instalaciones mínimas, no había máquinas de anestesia y ésta se administraba con el aparato de Ombredane o por el método abierto que consistía en una gasa vaporosa que se ponía sobre la nariz del paciente. Este método se llamaba “anestesia a la Reina”, en homenaje a la Reina Victoria de Inglaterra que recibió este tipo de anestesia para el parto de su cuarto hijo, el príncipe Leopoldo, duque de Albany y que fue administrada por el Dr. John Snow en el palacio de Buckingham en Londres, la tarde del 7 de abril de 1853, goteando el “sweet whisky” (como le llamaban los ingleses al éter) sobre un pañuelo de seda que cubría la nariz Real.

Este método abierto evaporaba una gran cantidad de éter que era aspirada por quien efectuaba el goteo, anestesiándolo parcialmente, por eso se decía en esa época que

“un anestesista era un tipo medio dormido, al lado de un paciente medio despierto.” Por la precariedad anestésica solamente se realizaban operaciones de apendicitis, hernias, cesáreas y algunas emergencias. Las transfusiones de sangre se hacían directamente del donante al receptor con la jeringa de Jouvet.

El 8 de agosto de 1952 la ley 10.383 dio vida al Servicio Nacional de Salud, estableciéndose la fusión de diversas instituciones que tenían a su cargo la atención asistencial. En 1953 las autoridades de Salud dispusieron la formación de una Comisión coordinadora para fusionar los servicios sanitarios, la cual estuvo constituida por el Dr. Roque Elorrieta, Director del Hospital de la Beneficencia Pública, la Dra. Amelia Del Villar Montenegro, jefa del Servicio Médico de la Caja del Seguro Obrero y Protección a la Infancia y Adolescencia y el Dr. Raúl Alé Galaz, jefe de la Estación Sanitaria del Norte.

El hospital mejoró con el aporte del nuevo personal.

Figuran en este período en los diversos estamentos las siguientes personas:

- Médicos tratantes.
Alfredo Cordero, Alfonso González, Abel Garibaldi y Dr. Valenzuela en Cirugía.
Dr. Henríquez en Medicina.
Amelia Del Villar, Sergio Ramírez en Pediatría.
Jerónimo Yelpi en Obstetricia.
Roque Elorrieta en Laboratorio.
Guillermo Cáceres en Radiología.
- Odontólogos.
Luis Thomas Moreno, Alfredo Vargas.
- Químico Farmacéuticos. Ana Pulido, Berta Sierra.
- Matronas. Patricia Dora Astigueta, Rosa Vascopé y de llamada, Julia Yupanqui, Margarita Godoy.
- Visitadoras Sociales. Edulia Aliaga y Raquel Yanulaque.
- Practicantes. Antonia Godoy (Titina), América Gutiérrez, Elizabeth Molina, Ernesto Ponce, Orlando Vargas, Víctor Osorio.
- Auxiliares. Elba Tobrock, Lilian Perea, Irene Perea, Elsa León, Sonia Barreda, Celinda Cruz, Graciela Domínguez, Manuel Patiño, Venancia Quintana, Leonor Basso, Dolores Basso, Rosa Olave (farmacia), Juana Salcedo
- Administrativos. Contador y Jefe de Personal, Oscar Borrows; estadístico

Gerardo Araya; oficial de estadística, Rafael Jorquera; secretaria María Eugenia González Yanulaque; oficiales administrativos José Rivera, Fausto Chávez, Hernán Salgado.

- Higiene Ambiental (Personal traspasado de Sanidad.) Luís Arias, Nemesio Araya, Juan Adasme, José Lineo, Jaime Breems Madariaga.
- Servicios generales. Juan Pozzo (chofer), Emilio Rueda (mecánico), Manuel Morales (carpintero), Evaristo Aranibar (electricista), Luís Carrasco (portero), Eleodoro Alfaro, Alfredo Aliaga (cocina), Luís Menanteaux, Andrés Carbone (jardineros).
- Religiosas de la Comunidad de Santa Ana. Encargadas del manejo del personal, ropería, farmacia, alimentación y servicios espirituales. Se destacaban por su gran responsabilidad, exigencia, profesionalismo, control de existencias y compromiso personal con el hospital. A cargo de la Superiora de la Orden, la madre Pacífica (que no tenía nada de pacífica y era muy estricta), cumplían su labor en los diferentes servicios: Medicina, madre Amelia, Farmacia, madre Antonina, Cirugía, madre Bernarda, Pabellón de cirugía y Anestesia, Sor Antonieta Taglienti.
- Enfermeras Universitarias. Se incorporaron a partir de marzo de 1953: Iris Véliz, Josefina Morales, Filomena Garrido, Alicia Hunt.

Debido a la vacancia del cargo de Director del hospital que desempeñaba el Dr. Roque Elorrieta, le correspondió asumir como subrogante al Dr. Alfonso González Dagnino, quien tomó la responsabilidad con gran entusiasmo juvenil, creando grupos de trabajo para solucionar los problemas de los servicios. Como resultado de su gestión se lograron diversos avances como los siguientes:

Se organizó la atención de enfermería cubriéndose las 24 horas del día con turnos de 8 horas.

Se capacitó a personal para el Pabellón de Cirugía enviándose al Hospital de El Salvador de Santiago a la Madre Antonieta de las religiosas de Santa Ana, que poseía conocimientos de anestesia, igualmente se adiestró en anestesia a las auxiliares de enfermería, Lilian Perea, Sonia Barreda, Celinda Cruz y Uberlinda Ugalde y en arsenalería e instrumentación quirúrgica a Albertina González Jopia y Dalila Magnan.

Se compraron máquinas de anestesia Dräger de circuito semicerrado y cajas de

instrumental quirúrgico específicas para cada tipo de operación iniciándose la cirugía abdominal y ginecológica.

Se envió a una estada de adiestramiento en técnicas de laboratorio clínico y Banco de sangre al Hospital El Salvador a la Química Farmacéutica Berta Sierra, quien a su regreso comenzó la preparación de suero parenteral con el sistema de frascos Fenwal, eliminándose definitivamente las antiguas mioclisis, que eran muy dolorosas y poco efectivas. Se perfeccionó y se amplió la gama de exámenes de laboratorio tanto químicos como hematológicos y se comenzaron a hacer los primeros cultivos bacterianos y antibiogramas.

Se dotó a la Unidad de radiología de una máquina portátil Siemens para uso en salas clínicas y en Pabellón.

Se inició un amplio programa de actividades deportivas, artísticas y culturales, editándose un Boletín hospitalario en que se publicaban artículos científicos, literarios y poéticos. Se creó un Club de fútbol con cancha propia, la rama femenina de baloncesto y se fomentó la práctica de tenis de mesa.

Luego de dos años de fructífera labor el Dr. González Dagnino entregó la dirección el 1º de mayo de 1954 al Dr. Raúl Alée Galaz quien tenía el cargo de Médico Jefe de la Casa de Socorros de Poconchile en el kilómetro 41 del Valle de Lluta y Jefe de la Oficina de Sanidad.

El 25 de abril de 1953 comenzó a gestarse un nuevo y fundamental ciclo en la vida de Arica al ser promulgado el Decreto Supremo que otorgó a la ciudad la categoría de Puerto Libre. Contribuyó a esta resolución del segundo Gobierno del General Carlos Ibáñez del Campo, el estado de abandono en que se encontraba la ciudad, en contraste con la protección que el Perú otorgaba a la vecina ciudad de Tacna en cuyos Bancos estaban hipotecadas por préstamos, la casi totalidad de los Bienes Raíces Agrícolas y no agrícolas de la provincia de Arica creándose una situación sobre soberanía del suelo que podía detonar un conflicto internacional.

Esta palanca de desarrollo produjo un efecto multiplicador al desarrollarse el comercio libremente y Arica se ganó el apelativo de la “ciudad del nylon”, triplicando su población en 7 años. Llegó un momento en que ingresaban 400 personas diarias, la

mayor parte de ella de gente que se desplazó de la Pampa cuyas oficinas salitreras iban cerrando progresivamente, tomando la vida provinciana contornos de feria multicolor llena de productos de todo el mundo, lo que atraía a turistas nacionales e internacionales. Ante el explosivo crecimiento de la población la pequeña urbe se hizo insuficiente por lo que se creó una Junta (el sistema preferido por los colonizadores españoles), la Junta de Adelanto de Arica por ley 13.039 del Ministro de Hacienda Eduardo Urzúa Merino el 24 de septiembre de 1958 que al financiarse con los aranceles aduaneros y los impuestos a la compraventa (los coloniales almojarifazgo y alcabalas) que ahora eran recaudados no por un almojarife sino por inspectores del Servicio de Impuestos Internos, construyó toda la nueva infraestructura de la ciudad. Fue tal el impulso de desarrollo generado por la Junta de Adelanto, cuyos concejales eran ad honorem, que se decía entonces que “la mamita Junta había hecho todo en Arica, menos el Morro.”

El nuevo Hospital Dr. Juan Noé de tres pisos, con un zócalo subterráneo y amplias y soleadas terrazas que había sido planificado para una población de 25.000 habitantes, pronto se hizo insuficiente para dar abasto a la demanda sanitaria de 40.000 habitantes, que rápidamente aumentaron a 70.000. Atraídos por la “nueva California”, nuevos facultativos llegaron a trabajar al hospital y en el año 1960 se encuentran en los Servicios clínicos los siguientes doctores:

Medicina. Santiago Maiochi Clementi, Benjamín Basso Benítez, Fernando Osorio Buitano, Miguel Granados García (español) y Osorio Melara (salvadoreño)

Cirugía. Roberto Fúster, Ricardo Ahahuad, Rafael Urzúa. (Los tres R). Sergio Puente. Eduardo Barja. Miguel Massa Sassi y Willbert Robson Velarde (boliviano).

Obstetricia. Jerónimo Yelpi Pulgar y Ramón Puente.

Pediatría. Amelia del Villar Montenegro, Sergio Ramírez Gatica, Gavino Reginatto Avaria.

Radiología. Guillermo Ortega Yáñez.

Laboratorio. Jorge Puchi Helsener.

El Campeonato Mundial de fútbol de 1962 que designó a Arica como subsede construyéndose un estadio moderno y una serie de otras infraestructuras fue otro atractivo para que siguieran llegando nuevos pobladores y profesionales, al igual que el cambio de Puerto Libre por Zona Franca Industrial y Alimentaria durante el Gobierno de don Jorge Alessandri Rodríguez que le dio un auge de sólido desarrollo industrial. También este gobierno construyó la Carretera Panamericana, uniendo a Arica por tierra con el centro del país a través de una cinta de asfalto.

La Junta de Adelanto quiso construir un Hospital nuevo dotado de los más modernos equipos, sin embargo la legislación protectora imperante y la burocracia establecida en la administración fiscal no lo permitió, porque la única institución que podía hacerlo era la Constructora de Establecimientos Hospitalarios, la cual demoró 8 años en levantar un hospital inaugurado en tres etapas. En esa misma cantidad de tiempo, la Junta de adelanto construyó el Puerto, la Central hidroeléctrica de Chapiquiña, la Universidad de Chile, la Universidad del Norte, dos Estadios, el Aeropuerto de Chacalluta, dos Autódromos, un Hipódromo, varios edificios públicos, seis escuelas, siete poblaciones, el Barrio Industrial y muchas obras más en toda la provincia. Lo único que pudo hacer fue aumentar en 72 el número de camas hospitalarias construyendo en el sector detrás de la cancha de la Beneficencia, una arquitectura liviana que fue conocida como “el Motel”, donde funcionó el Servicio de Medicina hasta 1975 y luego se instaló allí el Servicio de Psiquiatría y el Banco de Sangre. El moderno equipo de radiología donado por la JAA permaneció durante años en la bodega, porque su instalación y funcionamiento significaría un aumento del consumo eléctrico, ítem que el Director del Hospital no aceptaba suplementar.

A partir de 1962, llegó un nuevo contingente de médicos que dieron un gran impulso al hospital: el Dr. Mario Gatica Guerra, quien aportó ciencia y arte a la Medicina Interna y desarrolló la Cardiología; los cirujanos Patricio Guijón Kleín, excelente cirujano de las vías biliares; Enrique Rodríguez San Fuente dedicado a la coloproctología; Carlos Villavicencio Castillo iniciador de la Neurocirugía; Geldy Rosa Suazo Ahumada, pionera de la especialidad de Otorrinolaringología.

En 1963, a indicación del diputado por Tarapacá don Bernardino Guerra Jofré, se creó la Sub-Zona de Salud de Arica, con independencia administrativa y financiera a fin de superar las dificultades y dilaciones burocráticas causadas por la dependencia de este Servicio de la Primera Zona de Salud con sede en Iquique. Esta Sub-zona abarcó todo el Departamento de Arica, el hospital Dr. Juan Noé, los Consultorios periféricos Dr. Víctor

Bertín Soto, Primero de Mayo, Cerro La Cruz, y Rosa Ester de Alessandri; la posta de Portezuelo de Chapiquiña y el Cementerio General que databa desde 1889.

Después de dos años en que no llegaron nuevos médicos en 1964 se incorporó Hernán Sudy Pinto quien se hizo cargo de la subespecialidad quirúrgica de Quemaduras y Cirugía Plástica, Héctor Ugalde Pérez quien se especializó en gastroenterología y endoscopia, Luís Bustamante Hurtado, que asumió la epidemiología local. En el resto de la década del 60 llegaron otros nuevos facultativos como Carlos Tay Rivera que luego se especializó en cirugía; Alfredo Waugh Donoso quien inició la cirugía torácica y aportó un gran avance a la anestesiología y medicina de urgencia; Santiago Soto Obrador, gran clínico con tremendo sentido humanista de la medicina; Ignacio Duarte García de Cortazar creador del Servicio de Anatomía Patológica e Histopatología; Luís Bravo Atria e Iván Villaseca M., gestores y creadores del Servicio de Oftalmología.

A la calidad y abnegación de los facultativos iniciales, esta masa crítica le dio un salto cuántico al hospital con su visión dinámica y moderna a la que se plegaron todos los médicos, gestándose una tercera ola que iba a chocar con el estilo burocrático de la Dirección que seguía pegada a una administración y economía decimonónica que no aceptaba progresos que significaban gastos y que dejaba de adquirir insumos a partir del mes de octubre, de tal manera que la consigna directriz era “haga lo que pueda con lo que tiene”. A fin de año el Director presentaba su informe contable a las autoridades del Servicio Nacional de Salud, declarando que había superávit en el presupuesto del Hospital, devolviendo el dinero que no se había ocupado. Lógicamente en el presupuesto del año siguiente la partida venía reducida en la misma suma reintegrada y así sucesivamente. Esta actitud produjo algo muy difícil en el gremio: el que todos los médicos estuvieran de acuerdo... contra el Director... y en 1968 los galenos hicieron una protesta muda, sentándose en la vereda frente al hospital negándose a entrar al establecimiento mientras siguiera el mismo Director. Este hecho tuvo una repercusión a nivel nacional y el Director del Servicio Nacional de Salud Dr. Francisco Mardones Restat, voló raudo al norte para entrevistarse con los médicos locales quienes le manifestaron que el hospital se había cambiado de nombre y ahora se llamaba “Dr. Juan No hay.” Luego de un fructífero diálogo se logró que se hiciera una permuta con el Hospital de Iquique trasladándose a la Dirección de Arica el Dr. Armando Meza Rojas, con lo que se aumentó el presupuesto y se mejoraron las relaciones con la proveedora JAA, instalándose los equipos de radiología y de laboratorio que ésta había donado y que permanecían durmiendo en las bodegas el sueño de la burocracia.

El Pabellón de Cirugía tuvo un gran desarrollo en la anestesia moderna con la llegada del primer anestesiólogo Dr. Nelson Delucchi quien realizó además una capacitación y actualización al personal para-médico que era de excelente calidad humana y técnica.

El Ministerio de Salud aceleró la construcción del nuevo hospital en la cancha de fútbol que daba a la calle 18 de septiembre entre las calles Vicuña Mackena y Latorre para que en 1969 el Presidente Eduardo Frei Montalva inaugurara el 10 de enero el primer sector del nuevo hospital, constituido por el Servicio de Urgencia con su pabellón quirúrgico completo dotado además de un equipo de rayos X tipo arco C, y 10 camas de observación; a continuación se estableció la Unidad de Radiología, y enseguida una amplia Unidad de Kinesiología y Fisioterapia. El Servicio de Urgencia bajo la jefatura del Dr. Rafael Urzúa Ahumada, fue reorganizado estableciéndose cinco turnos y uno volante para cubrir al turno que había hecho noche y cada turno estaba dotado de un cirujano que ejercía la jefatura, un médico internista y un traumatólogo, lo que hacía que se tuviera una gran capacidad de resolución de los casos de urgencia. A esta altura el hospital había aumentado su capacidad clínica llegando a contar con 248 camas efectuando un total de 141.376 consultas, 41.407 de las cuales fueron de Urgencia. La estadística de los Servicios clínicos informan de un subtotal de 99.669 subdivididas en 36.202 de Medicina Interna, 7.747 de Cirugía, 27.250 de Pediatría, 7.171 de Obstetricia, 2.372 de Ginecología, 4.504 de Oftalmología, 6.273 de Otorrinolaringología, 5.233 de Traumatología, 2.818 de Broncopulmonar. La JAA adquirió un avión ambulancia para trasladar enfermos graves desde los pueblos del interior.

A comienzo del mes de octubre de 1970 todos los funcionarios del hospital se sintieron impactados por la repentina e inesperada muerte del Dr. Alfredo Waugh Donoso, cuyo avión monomotor se estrelló en el aeródromo El Buitre mientras efectuaba prácticas de despegue y aterrizaje durante su curso de piloto civil. El Dr. Waugh era un cirujano brillante que había realizado grandes aportes en técnicas de recuperación del paro cardiorrespiratorio, en el mejoramiento de las anestесias y había sido el iniciador de la cirugía torácica programada. Dotado de un encanto personal y una caballería exquisita, era muy respetado y querido por todos los médicos y el personal del hospital. Sus restos fueron velados en la sala de espera del establecimiento con guardia de honor de todos los funcionarios y despedidos por toda la ciudad al ser trasladados a la capital. En su honor y su recuerdo la Unidad de Emergencia lleva desde esa fecha su nombre.

La construcción hospitalaria continuó en dirección Este con el Policlínico de atención externa, Laboratorio Central, Hematología y Banco de Sangre y un Salón Auditórium; el segundo piso albergó a la Dirección del Hospital y a todas las oficinas administrativas y de contabilidad y una Sala Biblioteca. Este nuevo sector fue inaugurado en 1971 por el Presidente Salvador Allende Gossens.

Posteriormente el Dr. Armando Meza Rojas que había logrado hacer una buena gestión con el apoyo y el beneplácito de todos sus colegas falleció en el Servicio de Urgencia luego de presentar una endocarditis bacteriana con embolias sépticas encefálicas siendo uno de los primeros pacientes en que se usó un ventilador mecánico Bird. En el cargo de Director fue designado políticamente el Dr. Graco Díaz Amaro.

Hasta 1973 la Traumatología se atendía en dos camas habilitadas en el Servicio de Cirugía estando a cargo de los doctores Octavio Villegas Canevaro y Muñoz con toda la limitación que esto significaba. Ese año se incorporó a la planta médica el Dr. Héctor Castillo Pinto pos becado, ampliándose la cobertura de la especialidad, abriéndose un Servicio de Traumatología en las dependencias del Pensionado al cual se agregaría posteriormente el especialista ariqueño Winston Robertson en 1975.

Los dos últimos años del Gobierno de la Unidad Popular se caracterizaron por el desorden jerárquico y el desabastecimiento, lo que afectó enormemente el funcionamiento del hospital que llegó a extremos de no contar con medicamentos y elementos clínicos para desarrollar adecuadamente su labor, suspendiéndose intervenciones quirúrgicas y procedimientos por falta de fármacos o de instrumental. Los funcionarios se llevaban en frecuentes reuniones con “los compañeros”, no acatando las órdenes y las indicaciones de los médicos que habían perdido todo ascendiente sobre el personal. “Cuando todos mandan, nadie obedece”.

Ante la caótica situación imperante en el país, el Colegio Médico se plegó al paro nacional dejando turnos para la atención de los diferentes Servicios y reforzando los que existían en la Unidad de Emergencia.

El 6 de septiembre de 1973 todos los directivos políticos del hospital viajaron a Santiago dejando jefaturas sub-rogantes que no tenían mayores atribuciones. En estas condiciones el hospital vivió la mañana del 11 de septiembre que fue de gran inquietud ya que no se sabía a ciencia cierta que iba a ocurrir en la ciudad y en el resto

del territorio. Fuerzas militares ocuparon el hospital y los médicos militares tomaron la dirección reorganizando inmediatamente los Servicios, suspendiéndose el paro médico. Se dieron de alta precoz a todos los pacientes que podían ser atendidos en sus casas dejándose desocupadas el mayor número de camas clínicas para acoger las urgencias que llegaran. Afortunadamente la situación en la ciudad fue de total orden y tranquilidad bajo el mando del jefe de plaza el Coronel Odlanier Mena, no registrándose en ese día ni en los siguientes ningún enfrentamiento, a tal punto que para el 18 de septiembre se levantó el toque de queda y se autorizó el funcionamiento de fondas y ramadas en Arica. La Dirección del hospital fue ocupada por los médicos del Servicio Sanitario de Ejército, Dr. Sergio Ramírez Gatica en un inicio y posteriormente por el Dr. Rafael Urzúa Ahumada, quien regresó a la ciudad del sur del país. En este período se construyó la torre de hospitalización de cinco pisos en el espacio del hospital que miraba hacia la prolongación de la calle 21 de mayo por el borde del Cerro La Cruz, donde se instalaron los estanques de abastecimiento de agua. Este monobloque de hormigón armado fue inaugurado el año 1975 por el Presidente Augusto Pinochet Ugarte, quien en el acto oficial le pasó la tijera para cortar la cinta tricolor al hijo del Profesor Noé, el Dr. Mario Noé Pizzo, que había sido invitado especialmente a la ceremonia, diciéndole: “Ud. Doctor, con más propiedad que yo, debe inaugurar este gran hospital que inmortaliza la memoria de su ilustre padre”.

Con esta obra arquitectónica cuyo costo fue de \$ 17.000 millones se completaba la construcción de un nuevo hospital en la ciudad de Arica cuyos cinco pisos de estructura sólida expresaban la idea de un hospital de frontera acondicionado para cualquier circunstancia que tuviera que afrontar. En el segundo piso se instalaron los Pabellones centrales con modernas máquinas de anestesia y la Unidad de cuidados Intensivos y el Sector de pos-operados. El tercer piso cobijó al Servicio de Cirugía y a los Servicios de Oftalmología y Otorrinolaringología. El cuarto piso fue ocupado por el Servicio de Medicina y el de Traumatología. El quinto nivel fue destinado al Servicio de Pediatría y al Pensionado General. El Servicio de Ginecología y Obstetricia permaneció en el edificio antiguo, con sus Pabellones propios y la Unidad de Neonatología. El espacio dejado por el Servicio de Medicina fue usado para crear el Servicio de Psiquiatría, cuyo primer especialista fue el Dr. Hugo García Valencia y la Unidad de Hematología y Banco de Sangre a cargo del Dr. Rolando Salamé. El Dr. Francisco Rodríguez McCowley asumió como Director del Servicio de Salud Arica (SSA) y el Dr. Oscar Torrealba la Dirección del Hospital. Se instaló un equipo radiológico con seriógrafo marca Shimatsu y el primer endoscopio digestivo. El Pabellón central contó con un nuevo anestesista pos becado con la llegada del Dr. Gustavo Ramos Drago.

El nuevo hospital con 340 camas estaba dotado de todos los elementos necesarios para afrontar cualquier situación de los años 70 que fue “la década que vivimos en peligro”, puesto que el gobierno peruano del General Velasco Alvarado había comprado gran cantidad de material bélico en la URSS prometiendo recuperar “la estrellita del sur”, la cautiva Arica y la provincia de Tarapacá antes de que se cumplieran los cien años de la Guerra del Pacífico. De hecho en una de sus descompensaciones diabéticas, el Presidente Velasco Alvarado le dio la orden de invadir Arica a su ministro de Guerra Francisco Morales Bermúdez, quien se encontraba en Tacna haciendo unos ejercicios bélicos con las fuerzas armadas del sur del Perú. El General Morales Bermúdez en una acción racional y decisiva, llamó por teléfono al Coronel Odlanier Mena, comandante de las fuerzas chilenas en Arica, para decirle igual que en las parodias cómicas de la guerra del humorista español Gila: “¿Aló hablo con el enemigo?”, para avisarle que iba a hacer unas maniobras distractivas en la frontera, pero que no se preocupara porque no eran de invasión y que viajaría a Lima a solucionar el embrollo. De hecho hubo movimiento de tropas en la madrugada, pero a las 9 de la mañana lo volvió a llamar desde el Palacio Pizarro para informarle que había derrocado a Velasco Alvarado y que ahora Francisco Morales Bermúdez era el nuevo Presidente del Perú y que no se preocupara porque había desactivado la orden de invasión. De esta manera se evitó una confrontación que habría sido desastrosa para ambas naciones y el hospital no tuvo su bautizo de fuego de hospital de frontera en conflicto.

En 1978, la cercanía del centenario de la Guerra del Pacífico y el asunto con Argentina por los límites marítimos del extremo austral y las tres islas del canal de Beagle, que estuvo a punto de transformarse en un conflicto bélico, puso a la ciudad de Arica en estado alerta ya que estando concentradas las fuerzas chilenas en el centro y sur del país, la ciudad tenía que defenderse sola y con sus propios recursos en caso de abrirse un frente norte de agresión armada. De hecho, la escuadra peruana estaba fondeada en el puerto de Ilo, la aviación concentrada en la base La Joya en Arequipa y el ejército del sur, al norte de Tacna. La población ariqueña fue convocada por el comandante Juan de Dios Barriga a reuniones masivas en el Fortín Sotomayor para recibir instrucciones de cómo actuar en caso de conflicto; se aumentó el contingente militar con los reservistas y se planificó defender la ciudad al estilo Stalingrado, casa por casa, cuadra por cuadra, calle por calle. El hospital se preparó reservadamente para enfrentar este nuevo desafío, contando con todos los pertrechos necesarios de emergencia sin desencadenar la histeria colectiva.

La mediación papal desarmó los espíritus enardecidos y todo volvió a la calma.

Hacia fines de la década de los ochenta, siendo nombrado Intendente Regional de Tarapacá el Dr. Hernán Sudy Pinto, destinó una parte importante del Fondo Regional para el desarrollo del hospital dotándolo de nuevo instrumental y haciendo entrega a su Director, el Dr. Oscar Torrealba Alarcón de modernos endoscopios de procedencia japonesa para diagnóstico gastroenterológico y equipos médicos para las diversas especialidades.

Durante 17 años los Servicios crecieron y un mayor número de especialistas y sub especialistas lograron un avance de importancia en el desarrollo clínico y en la modernización de la medicina ariqueña que se desarrolló con entusiasmo, sacrificio y honestidad.

Con el regreso a la democracia, cambiaron las autoridades y el médico oftalmólogo Salvador Urrutia Cárdenas asumió la Jefatura del SSA. La Dirección del Hospital quedó a cargo del Dr. Claudio Méndez y la Subdirección recayó en el cardiólogo Dr. Mario Gatica Guerra. La gestión de las nuevas autoridades logró dotar al establecimiento de nuevos y modernos equipos y se incorporó como nuevo adelanto tecnológico de imagenología un Scanner para efectuar Tomografía Axial Computadorizada (TAC). Por la Dirección del Hospital pasaron sucesivamente los doctores Juan Campusano, Patricio Moyano y Nemorino Riquelme, hasta que el 4 de octubre 1998 fue enviado desde el Ministerio de Salud el Dr. Eduardo Fritis Castro quien asumió las Jefaturas del SSA y del Hospital, hasta que el Dr. Mario Gatica Guerra fue nominado Director del hospital. Ese mismo año el Dr. Hernán Sudy Pinto ganó por concurso nacional el cargo de Sub Director Médico del hospital.

Se llevaron a cabo una serie de iniciativas de desarrollo del hospital como la participación del padre en el parto, el programa del hospital abierto, la biblioteca y sala de juegos para los niños hospitalizados, programación en TV, música y videos en las salas de espera, la sala de recuperación de la anestesia, a cargo del Dr. Gustavo Ramos; la unidad de terapia del dolor y tratamientos paliativos, dirigida por la Dra. Anestesióloga Carmen Luz Kreither; la centralización de la alimentación parenteral, el programa de manejo para el pié diabético, la constitución de un equipo multidisciplinario para el manejo del trauma máxilo-facial y varios otros de mejoramiento de la atención de el usuario y programas de atención domiciliaria de pacientes psiquiátricos, quirúrgicos, traumatológicos y de

medicina interna en el cual se atendieron 11.839 enfermos con un costo de \$ 84.000.000. Paralelamente comenzó a funcionar en forma reestructurada el Comité de ética hospitalaria con la activa participación de médicos, enfermeras, matronas, tecnólogos, asistentes sociales, abogados y representantes de la comunidad.

El 23 de junio del año 2001 se produjo en Arica un terremoto grado 7,2 que dañó seriamente el edificio I, el monobloque de cinco piso que albergaba a la mayor parte de los Servicios clínicos. Los informes técnicos indicaron que por razones de seguridad debía abandonarse dicho edificio y el hospital inició una de las empresas más sacrificadas de su historia, trasladarse al antiguo edificio N de 50 años de antigüedad que resistió el movimiento telúrico sin sufrir ningún daño, el cual, de dos pisos funcionales se transformó en uno de cuatro al habilitarse el zócalo y las terrazas con construcciones rápidas y livianas, restringiéndoseles los amplios espacios que ocupaba la maternidad.

El 24 de junio de 2001 se hizo una reunión con Directivos del hospital para aprobar el Plan de trabajo y propuesta preliminar de traslado para efectuar proyecto de reforzamiento del edificio I la doctora Victoria Albarrán fue designada para coordinar el plan de traslado. El 2 de octubre se efectuó un Consejo Técnico ampliado que determinó la evacuación del edificio para su reforzamiento. La estrategia establecida para la planta física se basó en la habilitación de los espacios existentes, 2.813 metros cuadrados, construcción de áreas nuevas, 1.400 metros cuadrados, traslados de servicios y unidades dentro y fuera del hospital. Las 350 camas originales se redujeron a 241 y los seis pabellones quirúrgicos centrales se disminuyeron a cuatro. Las estrategias clínicas consistieron en funcionamiento de Pabellones quirúrgicos con extensión horaria, reducción de días/cama, funcionamiento de Farmacia durante 24 horas y establecimiento de dosis unitarias, alimentación centralizada, optimización de la atención secundaria, compra equipos médicos, alta precoz hospitalaria y atención domiciliaria, programación horaria del Scanner. El total del costo de todas estas medidas significó \$ 1.129.491.786.

El traslado se cumplió como estaba previsto sin embargo la idea de reparar el monobloque sufrió un duro golpe porque el 13 de junio de 2005 la región fue remecida por un nuevo terremoto grado 7,8 que dañó aun más la estructura del edificio generando una desconfianza del personal para volver a habitar dicha construcción aunque fuese reparada. Los Colegios profesionales presentaron recursos de protección ante la Corte de Apelaciones por lo que el estudio del Ministerio de Salud determinó que había que echarlo abajo y construir un nuevo hospital de seis pisos que fuera capaz de resistir un

terremoto de 9 grados. Todo esto significó nuevos traslados para dejar espacios para la nueva construcción y la Unidad de Emergencia, el servicio de Imagenología y la UCI fueron ubicados en el antiguo edificio N que había resistido todos los movimientos telúricos desde su entrega en 1952. En todo esto hay que reconocer la voluntad de las autoridades y la tremenda capacidad de adaptación, sacrificio y entrega leal a sus labores de todo el personal hospitalario que se ajustó a la estrechez e incomodidad de los espacios sin sacrificar el confort de los enfermos. La ética profesional primó por sobre los intereses egoístas propios del ser humano y ha sido un ejemplo de altruismo y entrega por el prójimo.

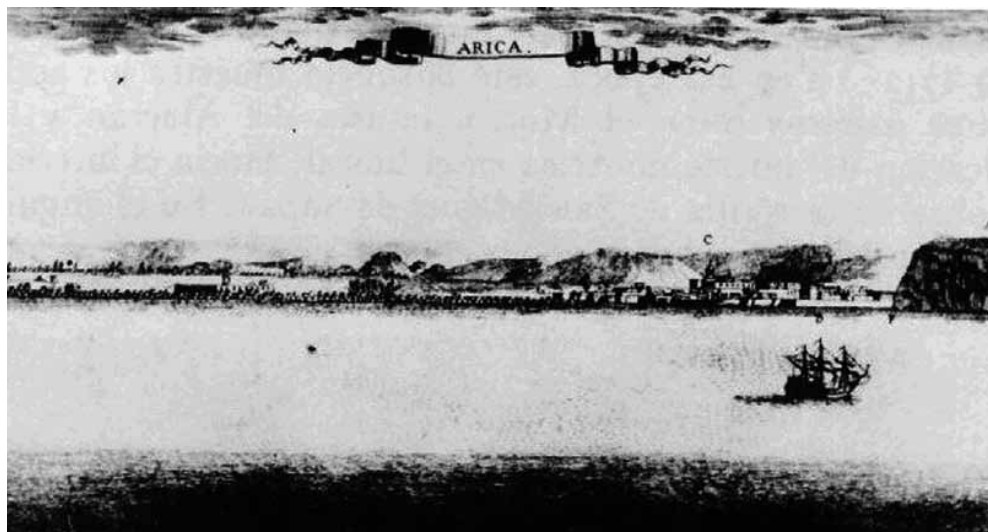
El monobloque fue demolido piso por piso, demorando este proceso cinco meses, mostrando una voluntad terca de existir; su estructura evidenció que tenía una gran cantidad de fierro y cemento de hormigón armado que hizo dura resistencia a los dinosaurios mecánicos que fueron masticando sus entrañas hasta hacerlo desaparecer. Para quienes lo vimos erguirse metro a metro en su construcción y trabajamos varios años en sus espaciosas salas, un lento río de nostalgia circuló por nuestras venas al ver desaparecer su recia estampa “como va al matadero una res, sin que nadie le diga un adiós”.

A una nueva administración le correspondió iniciar las obras de construcción del nuevo hospital cuyo rápido avance le ha permitido erguir su granítica estampa con el frontis hacia la calle 18 de septiembre; de esta manera en breve tiempo fue terminada la torre de hospitalizaciones y servicios clínicos de apoyo. Las distintas unidades comenzaron a ser trasladadas en diciembre de 2010, dando partida a las atenciones a la comunidad ese mismo mes, con modernos estándares de calidad al estar dotado de habitaciones para 2 ó 3 personas, baño privado en cada habitación, amplios espacios para visitas, aumento de camas críticas, helipuerto para emergencias, 1.106 funcionarios. En 2011 comenzó la remodelación de edificio del Consultorio de Atención Externa, y todas las modificaciones arquitectónicas fueron terminadas en octubre de ese mismo año.

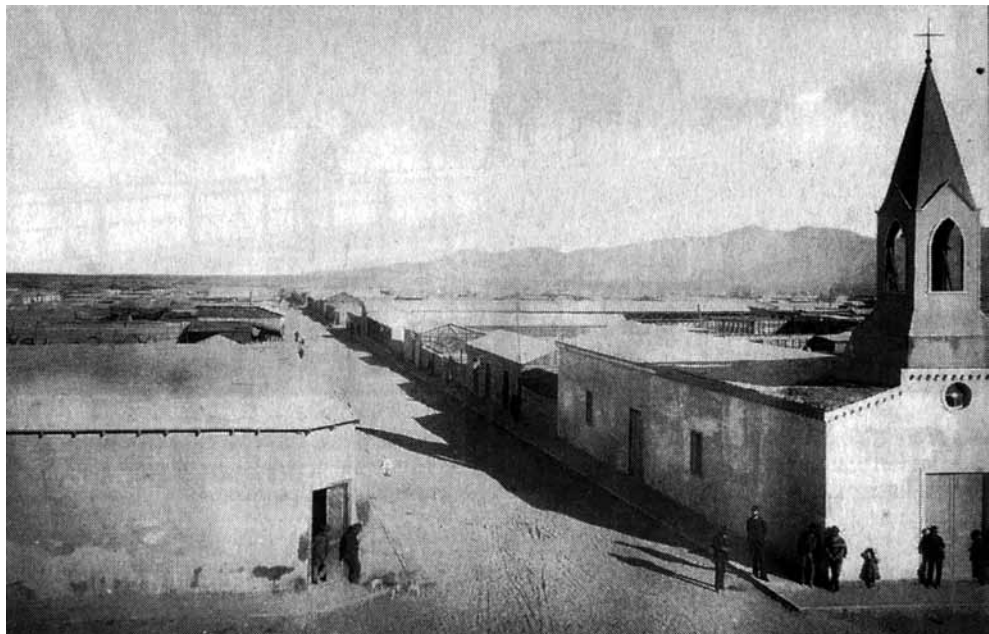
En la fecha del término de esta historia escrita con la tinta de los siglos el Director del Hospital Regional de Arica es el Dr. Oscar Torrealba Alarcón y la Directora del S.S.A. la Dra. Magdalena Gardilic Franulic.

Esta es la visión panorámica del Hospital, institución benéfica por antonomasia en la cual el ser humano expresa la caridad y la solidaridad en su grado máximo de amor al prójimo, al hombre y la mujer sufrientes, curando sin hacer milagros y realizando milagros en silencio.

FOTOGRAFÍAS

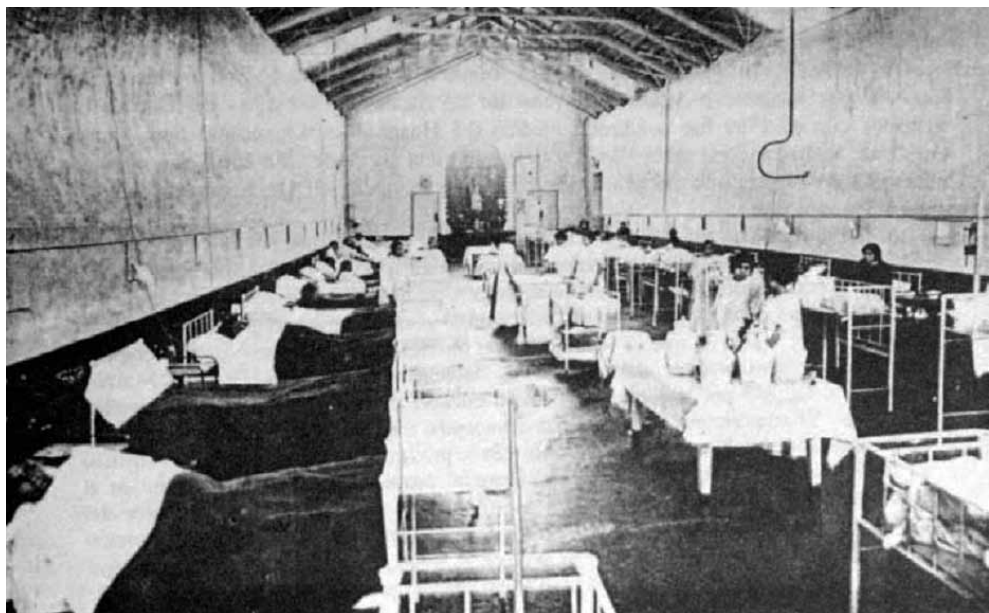


[Foto 01] Primer Hospital San Antonio de Padua a la orilla de la costa en el sector de la chimba en Arica. Vista del mar.



[Foto 02] Segundo Hospital San Antonio de Padua e Iglesia de San Francisco, ubicado en la actual intersección de las calles Baquedano y Sotomayor de Arica. Por costumbre se le llamó San Juan de Dios por hacerse cargo de él dicha orden hospitalaria.

[Foto 03] Sala del antiguo hospital ubicado en calle Baquedano de Arica.





[Foto 04] Hospital “San Juan de Dios” en calle Baquedano de Arica, luego de ser destruido por un terremoto.

[Foto 05] Hospital San Juan de Dios de Arica. Frontis de calle Arturo Gallo en 1902.

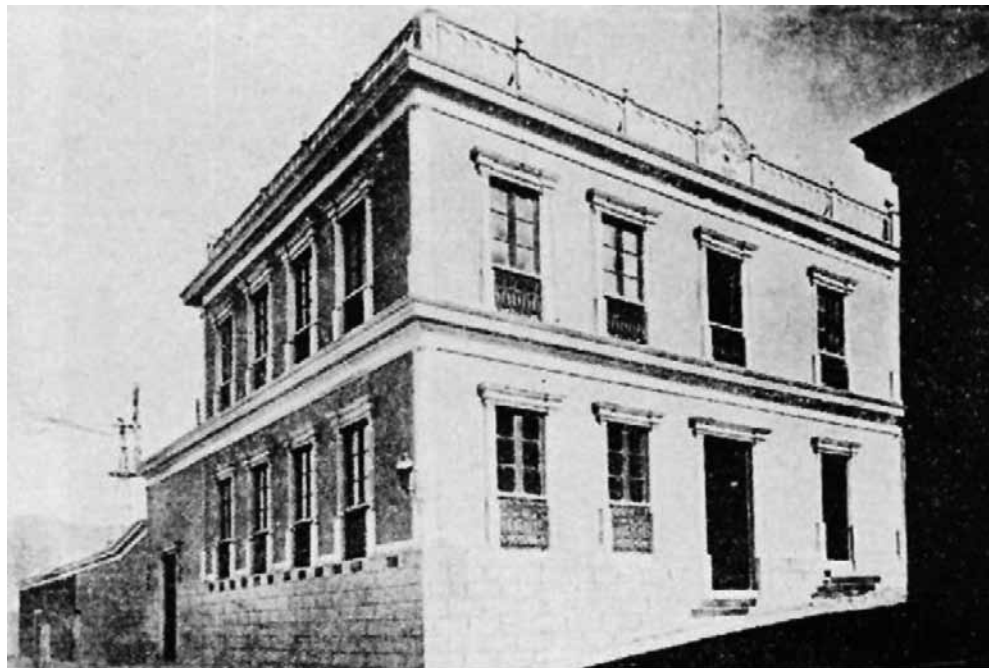




[Foto 06] Jardines del Hospital San Juan de Dios de Arica. Entrada por calle Arturo Gallo.

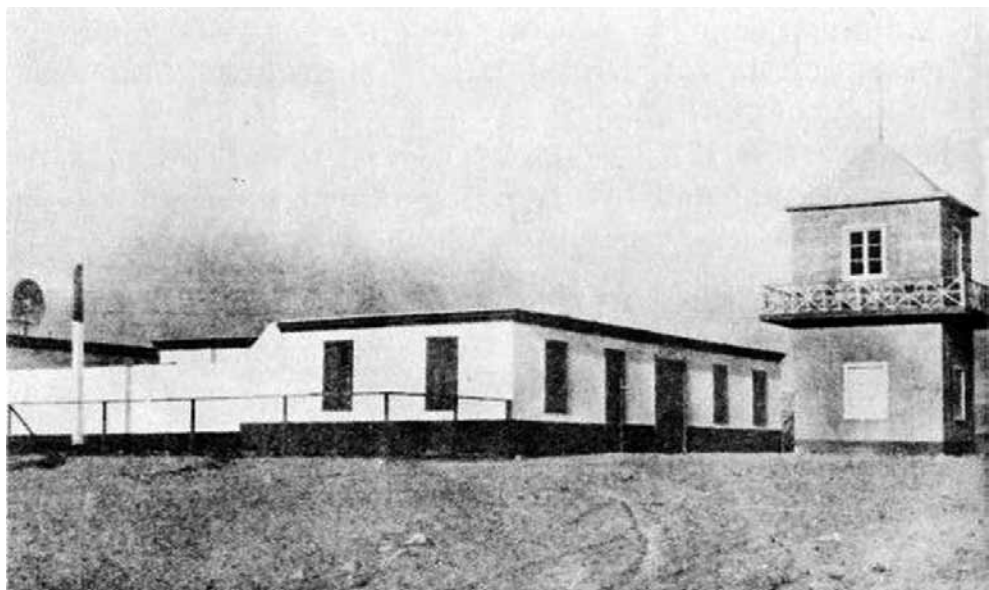
[Foto 07] Sala Arteaga del Hospital San Juan de Dios de Arica. Imagen del santo al fondo de la sala.





[Foto 08] Edificio de la Oficina de Sanidad en calle Colón con Andrés Bello de Arica. Su primer director fue el Dr. Conrado ríos Venegas. Comienzos del s. XX.

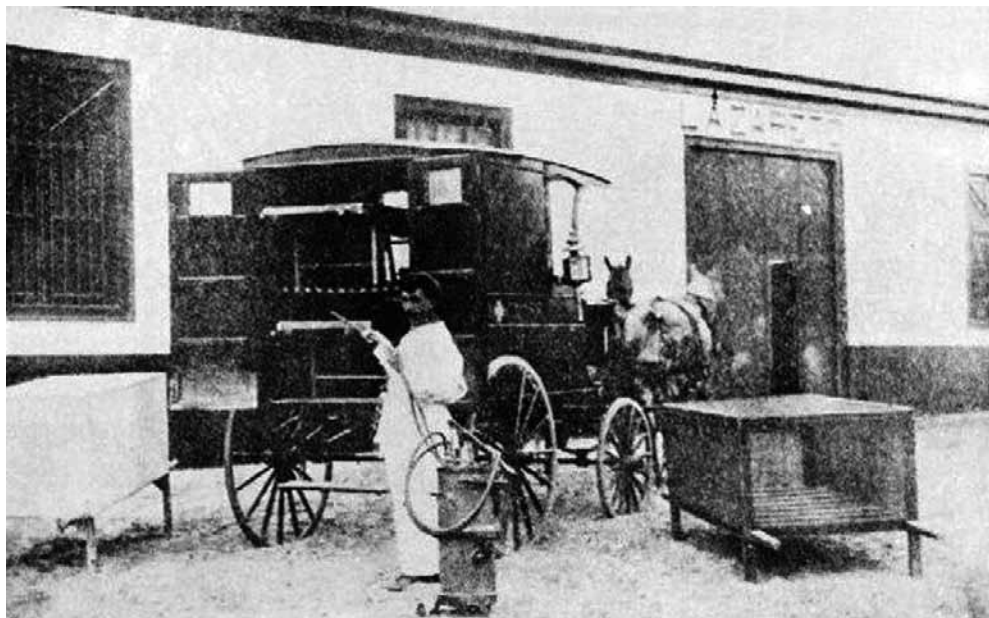
[Foto 09] Edificio del Lazareto de Arica en calle 18 de Septiembre esquina Lautaro. Inaugurado en 1907.

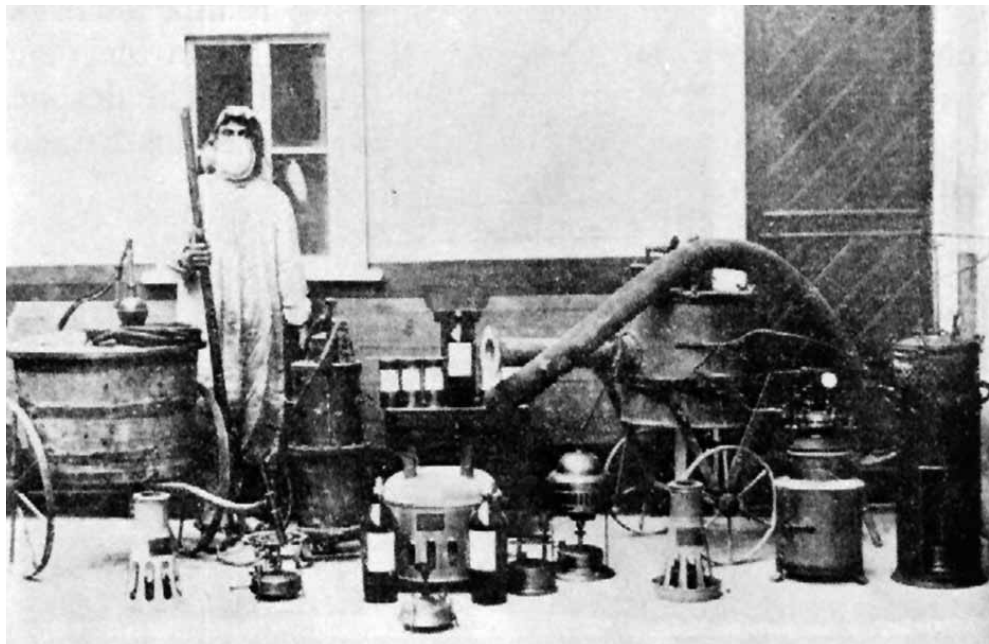




[Foto 10] Costado del Hospital en calle 18 de Septiembre con Vicuña Mackenna. Al fondo se ve el Lazareto, lejos de la ciudad, con su caseta de control para los que venían del valle de Azapa.

[Foto 11] Primera ambulancia tirada por caballos para trasladar enfermos contagiosos frente al Lazareto. Desinfección de camillas y vehículo. 1910.





[Foto 12] Aparatos para desinfección sanitaria de casas y barcos con su personal con mascarilla.

[Foto 13] Pabellones del Hospital San Juan de Dios vistos desde el cerro La Cruz. Al fondo se ven los jardines.





[Foto 14] Construcción del Hospital de Tomasiri en el río Sama durante la campaña antimalárica en la provincia de Tacna, Perú.

[Foto 15] Laboratorio de la estación antimalárica en el Hospital San Juan de Dios. 1940.



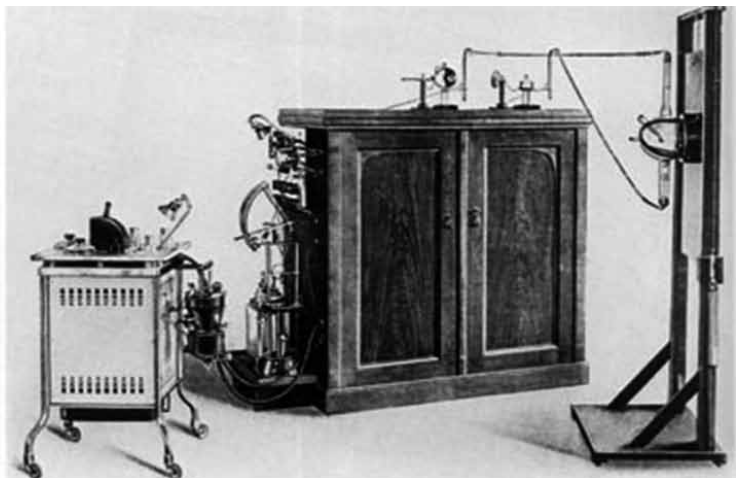


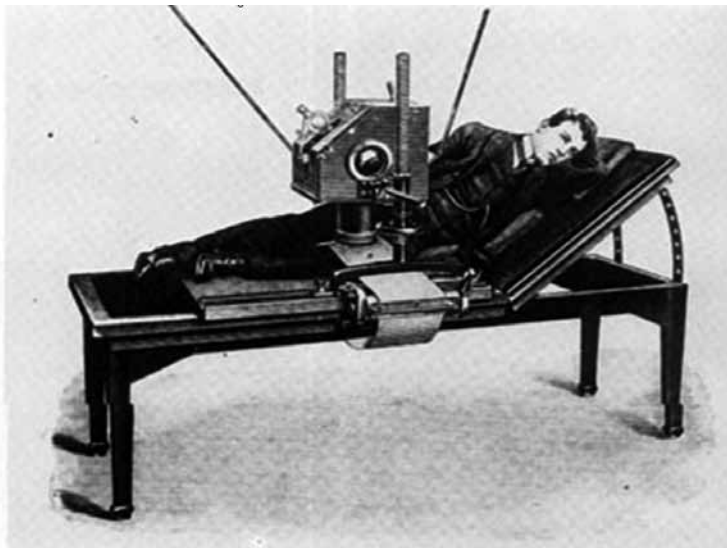
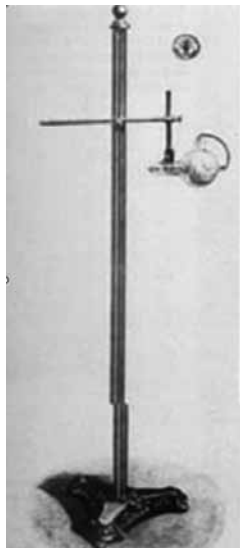
[Foto 16] Aparato de rayos x para fluoroscopia de tórax. Tubos de reemplazo.



[Foto 17] Sala de radiología con mesa para toma de radiografías.

[Foto 18] Sistemas de protección para las radiaciones emitidas por los equipos emisores de rayos X.





[Fotos 19] Toma de radiografía a paciente acostado.

[Fotos 20] Personal del hospital y monjas de la congregación de Santa Ana en el patio del hospital, en 1952. La primera persona sentada es la madre Antonieta pionera de la anestesia.





[Foto 21] La madre Antonieta dando anestesia durante una intervención quirúrgica. Los cirujanos son el Dr. Sergio Puente y el Dr. Roberto Fuster. Se ve la lámpara cónica del antiguo pabellón en 1957.



[Foto 22] Farmacia del hospital con frascos de mayólica.

[Foto 23] Ambulancia del hospital en el año 1940.





[Foto 24] Personal del hospital en 1962. Cirugía: Dalila Mgnan, Albertina González, Drs. Carlos Villavicencio, Ramón Puente, Roberto Fuster, Sergio Puente, Wilbert Robson, Enrique Rodríguez, madre Bernarda, madre Antonieta, Lilian Perea, Sonia Barreda, Drs. Pérez Carreño, Patricio Guijón y Rafael Urzúa.



[Foto 25] Celebración del día del Hospital 1970. Dr. Armando Meza, una enfermera, Dra. Amelia del Villar, Dr. Carlos Morales, alcaldesa Elena Díaz, Dr. Hernán Sudy y Gladys Alvarado.

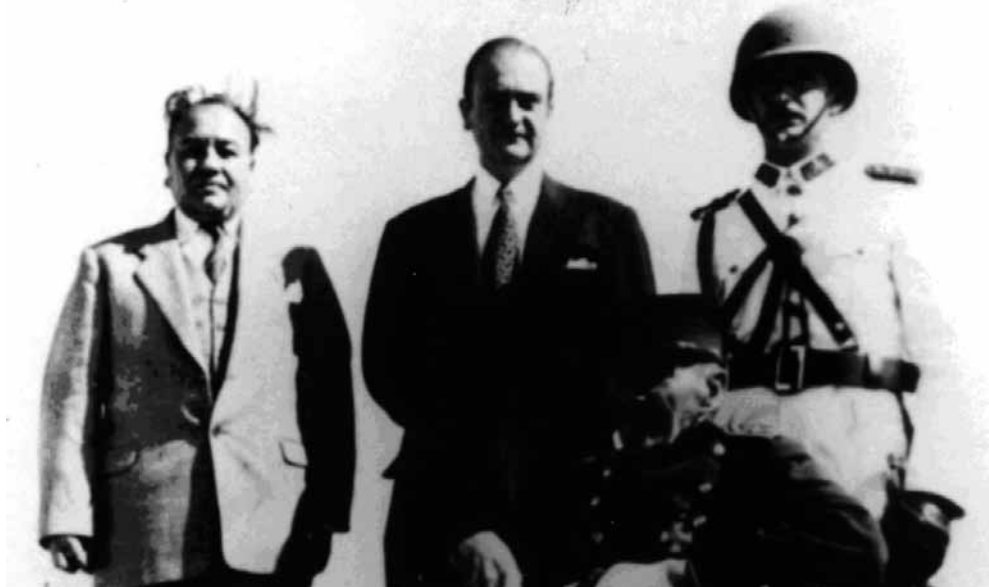


[Fotos 26] Servicio de Medicina en Aniversario de 1965. Dr. Mario Gatica Guerra y enfermera Alicia Hunt Weber.



[Foto 27] Frontis del Hospital de Arica por calle Arturo Gallo. 1940

[Foto 28] Homenaje al veterano de la Guerra del Pacífico Erick Moreno Leiva. Alcalde Edmundo Flores, Dr. Roque Elorrieta, director del hospital y edecán militar. 1950.





[Foto 29] Intendente Regional de Tarapacá Dr. Hernán Sudy Pinto, entrega nuevos implementos clínicos para la unidad de cuidados intensivos. 1969. Dr. Domingo Montalvo, Dra. Geldy Suazo, Dr. Hernán Sudy, Gobernador de Arica, General Darrigrandi, Dr. Oscar Torrealba, Dr. Mario Gatica.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez M. Luís** “Arica en el Tiempo”. U. de Chile, Arica. 1980.
- Cruz-Coke R.** “Historia de la Medicina chilena”. Andrés Bello, 1995.
- Cuneo-Vidal R.** “Obras completas”. Gráfica Morson S.A. Lima, 1977.
“Historia de la civilización peruana”.
“Historia de los antiguos cacicazgos del sur del Perú.”
“Historia de la fundación de la ciudad San Marcos de Arica.”
“Enciclopedia incaica.”
“Diccionario histórico-biográfico del sur del Perú”.
- Dagnino Vicente.** “El Corregimiento de Arica”. Ed. La Época. 1909.
- Encina Francisco.** “Historia de Chile”. Ed. Nascimento. 1955.
- Eyzaguirre Jaime.** “Historia de Chile”. Ed. Zig-Zag. 1977.
- Galdames Luís.** “Historia de Arica”. Ed. Renacimiento. 1986.
- Goerke H.** “Tres mil años de historia de la Medicina”. Ed. Pili. 1986
- Hasche Renato.** “La Iglesia en la Historia de Arica”. Herco. 1997.
- Keller Carlos.** “El Departamento de Arica”. Censo Económico. 1946.
- Laval Enrique.** “Noticias sobre los médicos en Chile”. Anales. 1972.
“Historia del Hosp. San Juan de Dios”. Stanley. 1949.
“Médicos de piratas y contrabandistas en Chile”. 1959.
“Desarrollo de la viruela en Chile”. 1967.
- Plath Oreste.** “Folclor médico chileno”. Grijalbo. 1996.
- Reccius A.** “Esculapio en el Reino de Chile”. Zig-Zag. 1967.
- Ríos Gallardo C.** “Chile y Perú, los pactos de 1929”. Nascimento. 1959.

Ríos Venegas C.	“Arica en el presente y porvenir”. 1945.
Romo Manuel.	“La Masonería en Arica en el s. XIX”. Archivo digital.
Urzúa Luís	“Arica Puerta Nueva”. Andrés Bello. 1957.
Vásquez Erie.	“Más allá del río”. Talleres gráficos. 1990.
Vásquez Luís.	“Arica Puerto en el tiempo”. Oñate Impresores. 2002.
Vicuña Mackena.	“Médicos de antaño”. Ed. Fco. de Aguirre. 1877.
Wormald Alfredo.	“Frontera Norte”. Ed. Del Pacífico. 1964.



EL HOSPITAL Y SU HISTORIA

Dr. Hernán Sudy Pinto



Dr. Hernán Sudy Pinto.
Médico Cirujano, titulado en la Universidad de Chile.

Miembro de la Academia de Medicina
del Instituto de Chile.

Miembro de la Sociedad Chilena de Historia
de la Medicina.

Miembro de la Sociedad Chilena de Cirugía Plástica.

Miembro de la Confederación de Cirugía Plástica
Ibero-Latinoamericana.

Académico de la Universidad de Chile, Sede Arica, y de la
Universidad de Tarapacá, durante 25 años en la Cátedra
de Anatomía Humana y Fisiopatología.

Ex Rector de la Universidad de Tarapacá y Miembro del
Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas.

Premio Latinoamericano de Educación Universitaria.

Ex Médico Jefe de la Unidad de Emergencia del Hospital
Juan Noé de Arica.

Ex Sub Director Médico del Hospital Dr. Juan Noé de
Arica.

Diplomado en Bioética en la Universidad de Chile.

Escritor, Historiador, Libretista y Director Teatral.

Ex Intendente Regional de Tarapacá.